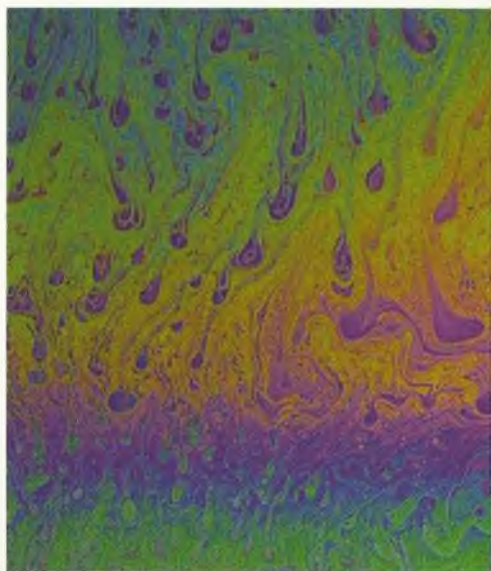


John Locke

La ley de la naturaleza



Estudio preliminar y traducción de
Carlos Mellizo

Tercer milenio



CLÁSICOS
DEL
PENSAMIENTO

Colección
Clásicos del Pensamiento
fundada por Antonio Truyl y Serra

El fallecimiento de don Antonio Truyl pone término de manera inevitable a una colección que en gran medida era obra personal suya, al tiempo que abre un camino de continuidad en un mundo que después de 1989 es ya muy diferente al de la guerra fría. En este nuevo contexto el espíritu del proyecto de don Antonio aspira a perdurar incorporando nuevos principios. Primero, ampliando temporal y espacialmente el criterio de selección de textos para publicar, junto a viejos clásicos, otros clásicos contemporáneos, en los que se incluyen, además de autores españoles, pensadores que escribieron en español fuera de España. Segundo, prestando especial atención al autor de la introducción y de la selección del texto a fin de reforzar la comprensión del discurso y del paradigma en que se inserta. Tercero, abriendo camino a campos del saber distintos de la filosofía o de la historia de las ideas tradicionales, que están presentes en el debate de nuestros días. En cualquier caso un principio permanece inalterable del esfuerzo que animó el trabajo del profesor Truyl: la creencia de que traducir libros equivale a importar, a transferir cultura, desde una sociedad nacional a otra, y de que esa transferencia debe hacerse entendiendo el momento en que nació cada libro.

Directores:
Luis García San Miguel y Eloy García

John Locke

La Ley de la Naturaleza

Estudio preliminar y traducción de
CARLOS MELLIZO



Título original:
Questions concerning the Law of Nature
(1664)

Diseño de cubierta:
JV, Diseño gráfico, S.L.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Estudio preliminar y traducción, CARLOS MELLIZO, 2007
© EDITORIAL TECNOS (GRUPO ANAYA, S.A.), 2007
Juan Ignacio Luca de Tena, 15 - 28027 Madrid
ISBN: 978-84-309-4538-2
Depósito Legal: M. 13.576-2007

Printed in Spain. Impreso en España por Fernández Ciudad

ÍNDICE

ESTUDIO PRELIMINAR	Pág. IX
BIBLIOGRAFÍA	XXI

LA LEY DE LA NATURALEZA

I. ¿Se nos ha dado una Regla de Moral o Ley de la Naturaleza? Sí	3
II. ¿Puede la Ley de la Naturaleza ser conocida por la luz natural? Sí	16
III. ¿Está la Ley de la Naturaleza inscrita en las mentes de los hombres? No	30
IV. ¿Puede la razón llegar al conocimiento de la Ley de la Naturaleza a través de la experiencia sensible? Sí	39
V. ¿Puede la Ley de la Naturaleza ser conocida como consecuencia del consenso de los hombres? No	51
VI. ¿Obliga a los hombres la Ley de la Naturaleza? Sí	69

VIII *ÍNDICE*

- VII. ¿Es perpetua y universal la obligación
impuesta por la Ley de la Naturaleza?

Sí 78

- VIII. ¿Es el interés propio de cada hombre
la base de la Ley de la Naturaleza?

No 92

BIBLIOGRAFÍA

A) OBRAS DE LOCKE SOBRE FILOSOFÍA MORAL Y POLÍTICA

- The Works of John Locke*, 11.^a ed. 10 vols., Londres, 1812.
Essay concerning Human Understanding, editado por A. C. Fraser, 2 vols., Oxford, 1894.
Epistola de Tolerantia/A Letter on Toleration, editado por J. W. Gough y Raymond Kibbansky, Oxford University Press, 1968.
Some Thoughts concerning Education, editado por R. H. Quick, Pitt Press Series, Cambridge, 1913.
John Locke: Two Treatises on Government, editado por Peter Laslett, Cambridge University Press, 1960.
John Locke: Essays on the Law of Nature and Associated Writings: The Latin Text with a Translation and Notes, together with Transcripts of Locke's Journal for 1676. Editado por W. von Leyden, Clarendon Press, 3.^a Impresión, Oxford, 1987.
John Locke: Questions concerning the Law of Nature, with an Introduction, Text, and Translation by Robert Horwitz, Jenny Strauss Clay, and Diskin Clay, Cornell University Press, Ithaca y Londres, 1990.

B) TRADUCCIONES CASTELLANAS DE OBRAS DE LOCKE

- Carta sobre la tolerancia*, traducción y estudio preliminar de Pedro Bravo, 5.^a ed., Tecnos, Madrid, 2005.
Ensayo y Carta sobre la tolerancia, traducción y prólogo de Carlos Mellizo, Alianza Editorial, Madrid 1999, 1.^a reimp. 2005.

XXXII CARLOS MELLIZO

- Ensayo sobre el Gobierno Civil*, Traducción de Amando Lázaro Ros, introducción de Luis Rodríguez Aranda, Aguilar, Buenos Aires-México, 1983.
- Segundo Tratado sobre el Gobierno Civil: Un ensayo acerca del verdadero origen, alcance y fin del Gobierno Civil*, traducción, prólogo y notas de Carlos Mellizo, Alianza Editorial, Madrid, 1900, 3.^a reimp. 2004.
- Segundo Tratado sobre el Gobierno Civil: Un ensayo acerca del verdadero origen, alcance y fin del Gobierno Civil*, traducción e introducción de Carlos Mellizo, estudio pre-militar de Peter Laslett, Tecnos, Madrid, 2006.
- Ensayo sobre el entendimiento humano*, traducción directa de Edmundo O'Gorman, Fondo de Cultura Económica, México, 1956.

C) GENERAL

- ASHCRAFT, Richard: *Revolutionary Politics & Locke Two Treatises of Government*, Princeton University Press, 1986.
- ATTIG, John C.: *The Works of John Locke: A Comprehensive Bibliography from the Seventeenth Century to the Present*, Greenwood Press, Westport, 1985.
- AYERS, Michael: *Locke*, Routledge, Londres-Nueva York, 1991.
- BARCIA TRELLES, Camilo: *Internacionalistas españoles del siglo XVI: Francisco Suárez (1548-1617)*, Valladolid, 1934.
- BENNET, Jonathan: *Locke, Berkeley, Hume: Central Themes*, Clarendon Press, Oxford, 1971.
- CHRISTOPHERSEN, H. O.: *A Bibliographical Introduction to the Study of John Locke*, B. Franklin, Nueva York, 1968.
- COLMAN, John: *John Locke's Moral Philosophy*, Edinburgh University Press, 1983.
- CRANSTON, Maurice: *John Locke*, Longmans, Green, Londres, 1968.

- DUNN, John: *Political Thought of John Locke: An Historical Account of the Argument of the Two Treatises of Government*, Cambridge University Press, 1989.
- FOX BURNE, H. R.: *The Life of John Locke*, 2 vols., Londres, 1876.
- GOUGH, J. W.: *John Locke's Political Philosophy: Eight Studies*, Clarendon Press, Oxford, 1973.
- GRANT, Ruth W.: *John Locke's Liberalism*, University of Chicago Press, 1987.
- HARRIS, Ian: *The Mind of John Locke: A Study of Political Theory in its Intellectual Setting*, Cambridge University Press, 1994.
- HUYLER, Jerome: *Locke in America: The Moral Philosophy of the Founding Era*, Lawrence, University Press of Kansas, 1995.
- LAMPRECHT, Sterling: *Moral and Political Philosophy of John Locke*, Russell & Russell, Nueva York, 1962.
- LARKIN, P.: *Property in the Eighteen Century; with Special Reference to England and Locke*, H. Fertig, Nueva York, 1969.
- LEMONS, Ramón: *Hobbes and Locke: Power and Consent*, University of Georgia Press, Athens, 1978.
- LEYDEN, W. von: *Hobbes and Locke: The Politics of Freedom and Obligation*, St. Martin's Press, Nueva York, 1982.
- MACPHERSON, C. B.: *The Political Theory of Possessive Individualism: Hobbes to Locke*, Clarendon Press, Oxford, 1962.
- MCCLURE, Kristie M.: *Judging Rights: Lockean Politics and the Myths of Consent*, Cornell University Press, Ithaca, 1996.
- MCLACHLAN, Herbert: *Religious Opinions of Milton, Locke and Newton*, Folcroft Library Editions, Folcroft, 1970.
- MITCHELL, Joshua: *Not by Reason Alone: Religion, History and Identity in Modern Thought*, University of Chicago Press, 1988.
- PEZOA BISSIERES, Álvaro: *Política y economía en el pensamiento de John Locke*. EUNSA, Pamplona, 1997.

- SELIGER, M.: *The Liberal Politics of John Locke*, Preager, Nueva York, 1968.
- SIMMONS, A.: *On the Edge of Anarchy: Locke, Consent and the Limits of Society*, Princeton University Press, 1993.
- SPELLMAN, W. M. : *John Locke and the Problem of Depravity*, Oxford University Press, Nueva York, 1995.
- SREENIVASAN, Gopal: *Limits of Lockean Rights in Property*, Oxford University Press, Nueva York, 1995.
- STEINBERG, Jules: *Locke, Rousseau and the Idea of Consent: An Inquiry into the Liberal-Democratic Theory of Political Obligation*, Greenwood Press, Oxford, 1988.
- SUÁREZ, Francisco: *Opera omnia*, Editio nova, París, 1856-1861. Especialmente volúmenes III, VI, XI, XIII, XXIV.
- TARKOV, Nathan: *Locke's Education for Liberty*, University of Chicago Press, 1984.
- TULLY, James: *A Discourse on Property: John Locke and his Adversaries*, Cambridge University Press, 1980.

LA LEY DE LA NATURALEZA

I

¿SE NOS HA DADO UNA REGLA
DE MORAL O LEY DE LA NATURALEZA? SÍ.

Como Dios se nos muestra como un ser presente en todas partes y, por así decirlo, se impone a los ojos de los seres humanos tanto en el curso de la naturaleza ahora establecido como en la frecuente evidencia de milagros en el tiempo pasado, supongo que nadie negará la existencia de Dios siempre que se reconozca la necesidad de dar alguna explicación racional a nuestra vida, o a que hay algo que merece ser llamado virtud o vicio. Dando esto por supuesto, sería un error dudar de que un ser divino preside sobre el mundo; pues es en virtud del orden dictado por él, por lo que los

cielos giran en rotación ininterrumpida, la tierra permanece firme e inmóvil¹, y brillan las estrellas. Y es él quien ha fijado los límites del mar salvaje y ha prescrito a todas y cada una de las plantas el modo y los períodos de su germinación y crecimiento. Es en obediencia a su voluntad como todos los seres vivos tienen sus propias leyes de nacimiento y de vida; y no hay nada tan inestable y tan incierto en todo este asunto de la constitución de las cosas como el no admitir leyes fijas y estables que rigen su manera de operar y que son apropiadas a su naturaleza. Parece justo, por tanto, preguntarse si el hombre es una excepción y ha venido al mundo completamente exento de una ley aplicable a sí mismo, sin un plan, regla o norma de vida. Nadie que haya reflexionado sobre Dios Todopoderoso, o sobre el consenso de la humanidad entera en todo tiempo y lugar, o sobre sí mismo y su conciencia, podrá creer fácilmente que ello es así. Pero antes de que hablemos de la ley misma y de los argumentos mediante los cuales es demostrada, estimo que merece la pena indicar los diversos nombres por los que se la ha designado.

Así, en primer lugar, podemos equiparar esta ley a ese bien o virtud moral que en otro tiempo los filósofos (y entre ellos especialmente los estoicos) buscaron con tanto celo y adornaron con tan-

¹ Es obvio en el texto el geocentrismo de Locke.

tas alabanzas; podemos equipararla a ese único bien con el que, según dice Séneca, el hombre debería contentarse, y al cual corresponde tanta dignidad y tanta gloria que incluso aquellos mortales que han sido corrompidos por el vicio lo reconocen y lo aprueban, aunque se aparten de él.

En segundo lugar, éste es el título de recta razón al que aspira todo aquel que se considera humano; y por dicho título es por lo que las diversas facciones de hombres disputan fieramente entre sí, alegando todas ellas que ése es el fundamento de su doctrina. Sin embargo, no creo que por «razón» deba aquí entenderse esa facultad del entendimiento que forma discursos mentales y deduce argumentos, sino ciertos principios de acción determinados, de los cuales surgen todas las virtudes y todo aquello que es necesario para formar correctamente los hábitos morales; pues lo que se deduce rectamente de estos principios se dice justamente que está de acuerdo con la recta razón.

Muchos otros hablan de una ley de la naturaleza, término por el cual entienden una ley que cada uno puede descubrir meramente por la luz que la naturaleza ha plantado en nosotros, a la cual cada uno presta obediencia en todos los puntos y siente que queda presupuesta en todas las operaciones de su razón; y en esto consiste ese vivir conforme a naturaleza que con tanta asiduidad inculcan los estoicos.

Esta ley, designada por esos apelativos, debe distinguirse del derecho natural; pues el derecho se basa en que tenemos uso libre de una cosa, mientras que la ley es lo que permite o prohíbe hacer una cosa.

De ahí que la ley de la naturaleza pueda describirse como un decreto de la voluntad divina, discernible por la luz natural, que nos indica qué está y qué no está en conformidad con la naturaleza racional, y, por esa razón, qué es lo obligatorio y qué lo prohibido. Me parece a mí que menos correctamente ha sido dicha ley llamada por algunos «el dictado de la razón»; pues la razón no establece ni pronuncia esta ley de la naturaleza, sino que la busca y descubre como ley promulgada e implantada en nuestros corazones por un ser superior. Tampoco es la razón la que hace tal ley al ser intérprete suyo, a menos que, violando la dignidad del legislador supremo, queramos hacer a la razón responsable de esa ley recibida, la cual ella se limita a investigar. Y tampoco puede la razón darnos leyes, ya que es sólo una facultad de nuestra alma y una parte de nosotros. De ahí se desprende con bastante claridad que todos los requisitos de una ley pueden encontrarse en la ley natural. Pues, en primer lugar, es en el decreto de una voluntad superior en lo que parece consistir la causa formal de una ley; sin embargo, de qué modo se da esto a conocer al género humano es una cuestión que quizá tratemos más

adelante. En segundo lugar, prescribe lo que debe y lo que no debe hacerse, lo cual es función propia de una ley. En tercer lugar, obliga a los seres humanos, pues en ella se contiene todo lo que es requerido para crear una obligación. Aunque, sin duda, esta ley natural no se da a conocer de la misma manera en que se dan a conocer las leyes positivas, es suficientemente conocida de los seres humanos (y esto es todo lo que se necesita), pues puede ser percibida por la sola luz de la razón.

Una vez asumido esto, la existencia de tal ley se hace aceptable en virtud de los argumentos siguientes:

[1] El primer argumento puede sacarse de un pasaje de la *Ética a Nicómaco* de Aristóteles, libro I, capítulo 7. Allí dice que «la función especial del ser humano es el ejercicio activo de las facultades mentales, de acuerdo con el principio racional» [1098a 7]². Pues como en los pasajes precedentes ya había mostrado con varios ejemplos que cada cosa ha sido designada para realizar un tipo especial de tarea, trató de averiguar también cuál podía ser la tarea en el caso del ser humano. Así, después de haber enumerado todas las operaciones de las facultades vegetales y sensibles que los hombres tienen en común con los animales y las plantas, concluye rectamente diciendo que la función propia del hombre es

² Ésta y la siguiente cita de Aristóteles se dan en griego.

actuar en conformidad con la razón, hasta el punto de que el hombre debe hacer necesariamente lo que la razón prescribe. Asimismo, en el libro V, capítulo 7, cuando hace la distinción entre justicia legal y justicia natural, Aristóteles dice: «Una regla natural de justicia es aquélla que tiene la misma validez en todo lugar» [1134b18]. De ahí se deduce rectamente que hay una ley de la naturaleza, pues hay una ley que prevalece en todas partes.

Hay algunos que en este punto presentan una objeción contra la ley de la naturaleza, a saber: que dicha ley no existe en absoluto porque no puede encontrarse en ninguna parte; pues la mayoría de la gente vive como si en la vida no hubiese fundamento racional alguno, ni ley de tal clase que todos los seres humanos la reconozcan como ley. Muy al contrario, en esto los hombres parecen estar en mayor desacuerdo que en ninguna otra cosa. Si la ley natural fuese discernible por la mera luz de la razón, ¿por qué no toda la gente que posee razón llega a conocerla?

[i] Respondo a esto diciendo, primero, que así como en los asuntos civiles no se sigue que una ley no exista o no haya sido publicada porque a un hombre ciego le resulte imposible, o a uno con mala vista le sea difícil leer un aviso legal anunciado en un lugar público, así también, en otras circunstancias, un hombre que está ocupado no es libre, o un hombre desocupado o malo no está en disposición de levantar los ojos al tablón de

anuncios y saber por él cuál es la naturaleza de su deber. Admito que, por naturaleza, todas las gentes están dotadas de razón, y digo que la ley natural puede ser conocida por la razón; pero de esto no se sigue necesariamente que dicha ley sea conocida por todas y cada una de las personas. Pues hay algunos que no hacen uso de la luz de la razón, sino que prefieren la oscuridad y no quieren verse a sí mismos. Ni siquiera el sol puede mostrarle a un hombre el camino que ha de seguir, a menos que este hombre abra los ojos y se halle bien preparado para el viaje. Hay otros que, habiéndose criado en el vicio, apenas saben distinguir entre el bien y el mal. Porque un estilo malo de vida, al hacerse más fuerte con el paso del tiempo, ha establecido hábitos bárbaros, y las malas costumbres han llegado a pervertir hasta los principios mismos. En otros, como resultado de un defecto natural, la capacidad de la mente es demasiado limitada para permitirles sacar a la luz esos escondidos decretos de la naturaleza. Pues qué pocos son los que en cuestiones de diaria administración o en asuntos fáciles de conocer se rinden a la jurisdicción de la razón cuando, extraviados por la violencia de las pasiones, o indiferentes como consecuencia del descuido, o degenerados por el hábito, están dispuestos a seguir los reclamos del placer o las exigencias de los bajos instintos antes que los dictados de la razón. Casi me atrevería a decir, ¿quién hay en una república, que sepa cuá-

les son las leyes de su Estado, aunque éstas hayan sido promulgadas, colgadas en públicos tableros de anuncios, sean fáciles de leer y de entender, y estén expuestas por todas partes para que todo el mundo las vea? ¿Y no serán menos los que estén familiarizados con las secretas y escondidas leyes de naturaleza? De ahí que, en esta cuestión, no debería consultarse con la mayoría de la gente, sino con aquellos que son más racionales y perceptivos que los demás.

[ii] En segundo lugar, respondo diciendo que aunque hasta los hombres más racionales no estén totalmente de acuerdo entre sí acerca de lo que es la ley de la naturaleza y de cuáles son sus verdaderos y conocidos preceptos, de ello no se sigue que no haya una ley de la naturaleza en absoluto. Por el contrario, se sigue más bien que tal ley existe, cuando la gente discute tan ardorosamente sobre ella. Pues lo mismo que en una república es erróneo concluir que no hay leyes porque entre los jurisprudentes pueden darse diversas interpretaciones de las leyes, así también en cuestiones de moral se infiere impropriamente que no hay ley de la naturaleza porque en un lugar se dice que tal ley es una cosa, y en otro lugar se dice que es algo diferente. Lo que esto hace es, más bien, establecer con mayor firmeza la existencia de dicha ley, viendo que todos los disputantes mantienen la misma idea acerca de la ley misma (pues todos saben que hay algo malo y algo bueno por natu-

raleza), y únicamente difieren en sus interpretaciones de la misma. Sin embargo, este argumento habrá de ser nuevamente examinado algo más adelante, cuando tengamos que tratar del modo en que esta ley es conocida.

[2] El segundo argumento que prueba la existencia de una ley de la naturaleza puede deducirse de las conciencias de los hombres, concretamente, del hecho de que «nadie que comete una mala acción es absuelto por su propio juicio interno»³. Así, la sentencia que cada uno se dicta a sí mismo atestigua que hay una ley de la naturaleza. Pues si no hubiera ninguna ley de la naturaleza a la cual la razón declara que debemos ser obedientes, ¿cómo es que que la conciencia de la gente que no reconoce los preceptos de ninguna otra ley por la que guiarse u obligarse juzga, sin embargo, acerca de su propia vida y de su conducta, y se declara inocente o culpable? Sin algún tipo de ley, no se podría pronunciar sentencia alguna. Esta ley, por tanto, no es escrita, sino innata, es decir, natural.

[3] El tercer argumento se deduce de la constitución misma de este mundo, en el cual todas las cosas observan una ley fija en sus operaciones y un modo de existencia apropiado a su naturaleza. Pues aquello que prescribe en todas las cosas el modo y medida de su funcionamiento es

³ Juvenal, *Sátiras*, XIII, 2-3.

precisamente lo que la ley es. Tomás de Aquino⁴ dice que todo lo que tiene lugar en las cosas es el objeto de la ley eterna; y, según Hipócrates⁵, «cada cosa, ya sea grande o pequeña, realiza la tarea que el destino le ha preparado», lo cual quiere decir que nada se desvía ni una pulgada de lo que la ley le ha prescrito. Siendo esto así, no parece que sólo el hombre sea independiente de las leyes, mientras todo lo demás está sujeto a ellas. Muy al contrario, al hombre le ha sido prescrito un modo de actuar que está de acuerdo con su naturaleza; pues no parece que sea digno de la sabiduría del Creador formar un animal que es sobremanera perfecto y activo, y dotarle generosamente, por encima de las demás criaturas, de alma, intelecto, razón y todo lo requerido para que pueda funcionar, y sin embargo no asignarle ninguna función; o, dicho de otra manera, hacer que el hombre sea la única criatura susceptible de ley, precisamente para que pueda no someterse a ninguna.

[4] El cuarto argumento se saca de la sociedad humana; pues sin esta ley los hombres no pueden tener trato social o unión entre ellos. No hay duda de que existen dos factores sobre los que parece descansar la sociedad humana, a saber: en primer lugar, una definida constitución del Estado y una

⁴ Referencia no literal a un pasaje de la *Summa Theol.* Ia IIae, q. 93.

⁵ Locke da la cita de Hipócrates en griego.

forma de gobierno; y, en segundo lugar, el cumplimiento de los pactos. Toda comunidad entre seres humanos se derrumba si estos elementos son abolidos, igual que dichos elementos se derrumban si la ley de la naturaleza es anulada. De hecho, ¿qué será de la configuración de un cuerpo político, de la constitución de un Estado y de la seguridad de sus intereses, si la parte de la comunidad que tiene el poder de hacer el mayor daño puede hacer lo que guste, es decir, si en la autoridad suprema reside la libertad más incontrolada? Pues como los gobernantes, en cuyo poder está el hacer o rehacer leyes según su voluntad y, como amos que son de otras personas, el de hacer cualquier cosa en favor de su propio dominio, no están ni pueden estar obligados por sus propias leyes ni por las leyes positivas de otros pueblos, si suponemos que no hay otra ley superior o ley de la naturaleza, esto es, una ley a la que estén obligados a obedecer, ¿en qué condición —pregunto— se hallarían los intereses de los hombres? ¿Cuáles serían los privilegios de la sociedad si los hombres se unieran en un Estado sólo para convertirse en más fácil presa del poder de otros? Tampoco sería la condición de los gobernantes mejor que la de sus súbditos, si no hubiese una ley natural; porque, sin ella, el pueblo no podría ser refrenado por las leyes del Estado.

Ciertamente, las leyes positivas civiles no obligan por virtud de su propia naturaleza o fuerza,

ni de ningún otro modo que no sea en virtud de la ley de la naturaleza, la cual ordena obedecer a los superiores y mantener la paz pública. De manera que, sin esta ley, los gobernantes quizá por la fuerza y con ayuda de las armas puedan exigir a la multitud que obedezca; pero no puede ponerla bajo una obligación moral. Sin la ley natural, también se derrumba el otro fundamento de la sociedad humana, a saber, el leal cumplimiento de los contratos. Pues no puede esperarse que un hombre respete un contrato simplemente por haber prometido hacerlo, si de otro lugar le ofrecen mejores términos. Sólo lo respetará si la obligación de cumplir las promesas viene de la naturaleza, y no de la voluntad humana.

[5] El quinto argumento es que, sin la ley natural, no habría ni virtud ni vicio, y tampoco habría recompensa por el bien y castigo por el mal: no hay falta ni culpa allí donde no hay ley. Todo tendría que depender de la voluntad humana. Y como no habría nada que exigiese actuar de acuerdo con un deber, parece que el ser humano no estaría obligado a hacer nada más que lo que la utilidad o el placer le aconsejaran, o aquello a lo que un impulso ciego y sin ley pudiera de pronto apegarle. Los términos «recto» y «virtuoso» desaparecerían por carecer de significado, o serían únicamente palabras vacías. El hombre no podría actuar equivocadamente, pues no habría ley que dictase mandatos ni prohibiciones, y él sería el

árbitro completamente libre y soberano de sus acciones. Aun concediendo que, al ser entonces tan indisciplinado, quizá pareciera haber reflexionado muy poco acerca de su vida y de su salud, parece también que de ninguna manera habría violado el honor y el deber, pues cualquiera que sean el honor o la bajeza que poseen nuestras pasiones y nuestros vicios, se deben por completo a esta ley de la naturaleza; porque la naturaleza del bien y del mal es eterna y segura, y su valor no puede ser determinado ni por las ordenanzas públicas de los hombres, ni por ninguna opinión privada.

II

¿PUEDE LA LEY DE LA NATURALEZA
SER CONOCIDA POR LA LUZ NATURAL?
Sí.

Como algún principio del bien y del mal es reconocido por todos los hombres, y como no hay ninguna nación tan salvaje y tan alejada de los sentimientos humanos que no posea alguna noción de la virtud y del vicio y alguna conciencia de la alabanza y de la censura, parece que debemos ahora preguntarnos de qué modos llegan los hombres a conocer esa ley de la naturaleza a la que respetan por consenso tan general, y acerca de la cual no pueden erradicar todo sentimiento sin erradicar al mismo tiempo la mismidad de lo humano; pues para que alguien pueda reclamar para sí una

libertad absoluta, la naturaleza tiene que ser completamente negada. Pero aunque afirmamos que la luz natural nos revela esta ley, no quisiéramos que esto se entendiera en el sentido de que una cierta luz interior es implantada en el hombre por la naturaleza, la cual le recuerda constantemente su deber y lo lleva por el camino recto y sin error adonde debe ir. No mantenemos que esta ley de la naturaleza, escrita, por así decirlo, en tablas, permanece abierta en nuestros corazones; y que, tan pronto como alguna luz interior se acerca a ella (como cuando se arrima una antorcha a un tablón de anuncios colgado en la oscuridad), puede leerse, percibirse y apreciarse gracias a los rayos de esa luz. No queremos decir eso. Lo que queremos decir cuando afirmamos que algo puede ser conocido por la luz de la naturaleza es únicamente que hay un tipo de verdad a cuyo conocimiento puede llegar el hombre por sí mismo y sin ayuda de otro, si hace uso apropiado de las facultades de las que ha sido dotado por naturaleza.

Sin embargo, hay tres tipos de conocimiento que, sin ser escrupulosos en el vocabulario, podríamos llamar [1] conocimiento por inscripción, [2] conocimiento por tradición, y [3] conocimiento por el sentido. A éstos⁶ podría añadirse un cuarto,

⁶ «Inscriptionem, traditionem, et sensum.» En otras palabras, conocimiento innato, conocimiento recibido o heredado, y conocimiento sensible.

a saber, la revelación sobrenatural y divina, la cual no pertenece al presente argumento. Pues aquí no estamos investigando lo que un hombre divinamente inspirado puede experimentar, o lo que puede ver cuando es iluminado por la luz del cielo, sino lo que un hombre que está dotado de entendimiento, razón y sentidos puede investigar y examinar con la ayuda de la naturaleza y de su propia sagacidad. Pues todo este conocimiento, cualquiera que sea su alcance —y, ciertamente, ha hecho buen progreso—, penetra toda la naturaleza de las cosas y no se ve confinado por los límites del mundo, sino que lleva a la contemplación de los mismos cielos, y ha llegado a investigar cuidadosamente qué son, cómo actúan y por qué leyes se guían los espíritus y las mentes. Todo este saber, repito, llega a la mente a través de esos tres modos de conocer; además de éstos, no hay otros principios ni fundamentos de conocimiento. Pues todo lo que conocemos es inscrito en nuestros corazones por un don de naturaleza y un cierto privilegio de nacimiento, o nos es comunicado a través del oído, o es extraído por nuestros sentidos.

Sin embargo, como me he propuesto tratar de los modos de conocimiento, quizá alguno se pregunte por qué he omitido mencionar la razón, esa grande y, según parece, principal luz de todo conocimiento, especialmente porque la ley de la naturaleza misma es muy a menudo llamada «recta

razón» y «dictado de la recta razón». A esto respondemos diciendo que lo que aquí estamos investigando son los primeros principios y fuentes de todas las clases de conocimiento, la manera en que las nociones primarias y los elementos del conocimiento entran en la mente. Y mantenemos que éstos no son aprehendidos por la razón: o bien son impresos en nuestras almas por inscripción, o los recibimos por tradición, o entran a través de nuestros sentidos. Nada es logrado por la razón —esa poderosa facultad de argumentar—, a menos que antes algo haya sido puesto y asumido. Concedo que la razón hace uso de estos principios de conocimiento, aumentándolos y mejorándolos; pero ella no los establece en absoluto. Ella no pone los fundamentos, aunque innumerables veces construye sobre ellos edificios majestuosos y logra que las cimas del conocimiento lleguen hasta el cielo. Ciertamente, con igual facilidad podrá un hombre inferir una conclusión sin premisas y razonar con verdad sin que nada haya sido primero conocido y admitido. Es, sin embargo, el origen mismo del conocimiento lo que ahora estamos investigando.

[1] En primer lugar, por lo que se refiere a la inscripción, algunos estiman que esta ley de la naturaleza es innata en nosotros y que ha sido de tal manera implantada por la naturaleza en todas las almas, que no hay nadie que venga a este mundo cuya mente no lleve estos caracteres innata-



tos y estas marcas de su deber grabados en ella; que no hay ninguna persona que no tenga en sus pensamientos estos preceptos morales y reglas de conducta como algo innato a ella y conocido de ella; y que no es necesario tomar prestadas leyes morales de fuera, ya que el hombre tiene en su interior, siempre patentes, sus propias pandectas, en las cuales se contiene todo lo que constituye su deber. Concedo que éste es un método fácil y muy conveniente de conocer, y el género humano estaría en situación óptima si los hombres estuviesen tan bien informados y tan bien dotados por naturaleza, que desde su nacimiento no tuvieran dudas acerca de lo que les conviene más y lo que les conviene menos. Si admitimos esto, la verdad de nuestro aserto queda firmemente establecida: la ley de naturaleza puede ser conocida por la luz natural. Que haya verdaderamente una tal marca de la ley de la naturaleza en nuestros corazones, y que de hecho se dé a conocer de este modo a todo el género humano, es asunto que quizá investiguemos en otro lugar. Por lo que se refiere a la presente cuestión, bastará con haber probado que, si el hombre hace un uso apropiado de su razón y de las facultades innatas con que la naturaleza le ha dotado, puede alcanzar el conocimiento de esta ley sin necesidad de un maestro que le instruya acerca de sus deberes, sin necesidad de un monitor que le diga lo que tiene que hacer. Sin embargo, si en adelante probamos que esta ley se conoce

de otra manera que por tradición, quedará constancia de que es conocida por la luz natural y por un principio interno; pues cualquier cosa que un hombre conozca, la aprende necesariamente, o bien de otros, o bien por sí mismo.

[2] Hablamos, en segundo lugar, de la tradición, la cual distinguimos de la experiencia sensible, no porque las tradiciones no entren en el alma a través de los sentidos —pues las percibimos por el oído—, sino porque los oídos oyen únicamente los sonidos, y es mediante la fe como el hecho [es decir, la tradición misma] es abrazado. Así, cuando tenemos fe en Cicerón cuando éste nos habla de César, creemos que César, el cual Cicerón sabía que había existido, vivió realmente.

Ahora bien, no decimos que es por tradición como la ley de la naturaleza llega a nosotros; y no lo decimos porque neguemos que algunos, de hecho casi todos los preceptos de la ley nos son transmitidos por nuestros padres, maestros y todos aquellos que se emplean en la formación de la conducta de los jóvenes y llenan sus todavía tiernas almas con el amor y el conocimiento de la virtud. Pues, ciertamente, que hemos de tener especial cuidado si no queremos que las almas humanas tengan una excesiva inclinación al placer, o sean atrapadas por las tentaciones del cuerpo, o seducidas por los malos ejemplos que se dan en todas partes haciendo que de este modo no se tengan en cuenta los preceptos más sanos de la razón, es



algo que mantienen todos los que reflexionan un poco sobre la educación de las almas jóvenes y desde edad muy temprana ponen en ellas los fundamentos de las virtudes morales y hacen lo posible por inculcarles sentimientos de reverencia y amor a la deidad, obediencia a los superiores, fidelidad en el cumplimiento de las promesas, respeto a la verdad, suavidad y pureza de carácter, amistosa disposición, y todas las demás virtudes. Como todos estos preceptos son leyes de la naturaleza, no negamos que dichos preceptos puedan sernos transmitidos por otros. Lo único que decimos es esto: que la tradición no es el modo primario y seguro de conocer la ley de la naturaleza. Pues lo que oímos de otros cuando hablan, si lo abrazamos sólo porque otros han insistido en que es bueno, quizá dirija nuestra moral suficientemente bien y la mantenga dentro del ámbito de nuestras obligaciones. Sin embargo, no será lo que nos dicta la razón, sino lo que nos dictan los hombres. No dudo que la mayoría de las personas, satisfechas con estas reglas morales de segunda mano que sacan de la tradición, construyen su moral según la manera y creencias de aquéllos entre los que nacen y son educados; y que no tienen más regla de lo que es justo y honesto que las costumbres de su sociedad y el común parecer de las gentes con quienes viven. Y, por esta razón, son los últimos en intentar atribuir a la ley de la naturaleza su verdadero origen, y en investigar sobre

qué principios descansan los fundamentos de su deber, de qué modo crea éste obligaciones, y de dónde proviene originalmente. Pero que la ley de naturaleza, en la medida en que es una ley, no llega a nuestro conocimiento por medio de la tradición, parece quedar probado, si no me equivoco, por los siguientes argumentos.

Primero: Entre una variedad tan grande de tradiciones pugnando entre sí, sería imposible determinar cuál es la ley de naturaleza, y sería difícil juzgar con certeza qué es lo verdadero y qué es lo falso; qué es ley y qué es opinión; qué nos dicta la naturaleza y qué la utilidad; qué nos aconseja la razón y qué nos enseña la sociedad. Pues como las tradiciones son tan variadas en todas partes, y las opiniones de los hombres son tan patentemente contrarias entre sí y tan mutuamente destructivas, no sólo entre naciones diferentes, sino también dentro de un mismo Estado —pues cada opinión que aprendemos de otros se convierte en tradición—; y, finalmente, como todo el mundo defiende con tanto ardor su propia opinión y exige que se le crea, sería de todo punto imposible —suponiendo que sólo la tradición es la que establece los fundamentos de nuestro deber— descubrir qué tradición es ésta, o encontrar la verdad entre tanta variedad. Pues no puede darse razón de por qué a un hombre de la pasada generación, y no a otro que mantiene lo opuesto, deba otorgársele la autoridad de la tradición o merece mayor confianza,

a menos que la razón descubra una diferencia en las cosas mismas que se transmiten, y abrace una opinión y rechace otra, simplemente porque en una detecta una evidencia reconocible por la luz de la naturaleza, mayor que en otra. Esto no es, desde luego, creer por tradición, sino un juzgar las cosas mismas, lo cual elimina por completo la autoridad de la tradición. Así pues, en el intento de conocer la ley de la naturaleza promulgada por la tradición, ha de emplearse la razón y el entendimiento, y entonces toda la tradición queda anulada. O la ley de la naturaleza no puede conocerse por tradición, o no existe en absoluto. Pues como la ley de la naturaleza es en todas partes una y la misma, y las tradiciones varían, de ello se sigue necesariamente que, o bien la ley de la naturaleza no existe, o no puede conocerse por medio de la tradición.

Segundo: Si la ley de la naturaleza pudiera ser conocida por tradición, sería más objeto de fe que de conocimiento; pues dependería de la autoridad del hablante más que de la evidencia de la cosa misma, y sería, por tanto, una ley recibida, más que una ley innata.

Tercero: Quienes afirman que la ley de la naturaleza es conocida por tradición parecen estar contradiciéndose. Pues todo aquel que quiera mirar atrás y llegar hasta los orígenes de una tradición, tendrá necesariamente que detenerse en algún punto y reconocer finalmente que alguien es el



autor original de esta tradición, el cual, o bien habrá encontrado la ley de la naturaleza inscrita en su corazón, o bien habrá llegado a conocerla mediante razonamientos a partir de los hechos percibidos por los sentidos. Estos modos de conocer, sin embargo, están también abiertos al resto del género humano, y no hay necesidad de tradición, siempre que cada uno tenga dentro de sí los mismos principios básicos de conocimiento. Pero si ese primer autor de la tradición en cuestión ha promulgado una ley al mundo porque él fue instruido por algún oráculo o inspirado por un mensaje divino, entonces una ley de esta clase y promulgada de esta manera no es en absoluto una ley de la naturaleza, sino una ley positiva.

Concluimos, por tanto, que si hay una ley de la naturaleza (y esto no lo ha negado nadie) no puede ser conocida como ley por medio de la tradición.

El último modo de conocimiento que nos queda por comentar es la percepción sensible, la cual declaramos que es la base de nuestro conocimiento de la ley de la naturaleza. Sin embargo, esto no debe entenderse en el sentido de que la ley de la naturaleza aparece en algún sitio de una manera tan conspicua que podamos leerla con nuestros propios ojos, examinarla con nuestras manos u oírla proclamarse a sí misma. Pero como estamos buscando ahora el principio y origen del conocimiento de esta ley, y el modo en que se da a conocer al género humano, declaro que el fundamento

de todo conocimiento de ella se deriva de las cosas que conocemos mediante los sentidos. A partir de esas cosas, la razón y la facultad de argumentar —que son ambas propias del hombre— avanzan hacia la noción de un autor utilizando argumentos que surgen de la materia, del movimiento y de la estructura y economía visible de este mundo, hasta llegar finalmente a concluir y establecer como cierto que un Dios es el autor de todas estas cosas. Una vez que esto ha sido establecido, emerge necesariamente la noción de una ley universal de la naturaleza que obliga a todos los seres humanos, como quedará patente más adelante. De lo que hasta ahora ha quedado dicho, sin embargo, resulta bastante claro que hay una ley de la naturaleza que puede ser conocida por la luz natural. Cualquiera que sea lo que entre los hombres obtiene fuerza de ley, necesariamente habrá de tener a Dios, a la naturaleza o al hombre como su hacedor. Pero la ley de la naturaleza, como no puede ser conocida por tradición, queda como algo que sólo puede ser conocido por los hombres mediante la luz natural.

Contra esta afirmación nuestra surge inmediatamente una objeción: si la ley de la naturaleza es conocida mediante la luz natural, ¿cómo es que cuando a todos se les ha implantado esa luz interna, hay, sin embargo, tantos ciegos? ¿Qué es lo que hace que tantos mortales ignoren esta ley, y que casi todos piensen acerca de ella de una manera

diferente? Ello no sería posible si todos los hombres fueran llevados a su conocimiento por la luz natural.

Esta objeción tendría alguna fuerza si hubiéramos afirmado que la ley de la naturaleza está inscrita de manera innata en nuestros corazones. Pues si asumiéramos esto, de ello se seguiría necesariamente que lo que se piensa de esta ley sería lo mismo en todas partes, pues dicha ley estaría impresa en todos los seres humanos y se revelaría al entendimiento como una y la misma. A esto respondemos diciendo que, admitido que nuestras facultades mentales pueden llevarnos al conocimiento de esta ley, de ello no se sigue, sin embargo, que todos los hombres hagan un uso apropiado de dichas facultades. La naturaleza y propiedades de las figuras y los números nos parecen obvias y, sin duda, cognoscibles mediante la luz natural. Sin embargo, de esto no se sigue que cualquiera que esté en posesión de las facultades mentales llegue a ser un geómetra o conozca hasta el fondo la ciencia de la aritmética. Cuidadosa reflexión, pensamiento y atención de la mente son requeridos para que, mediante la argumentación y el razonamiento, podamos encontrar el camino a la naturaleza escondida, partiendo de cosas perceptibles y obvias. Latentes en las vísceras de la tierra yacen abundantes filones de oro y de plata; y hay hombres que están dotados de brazos y manos con los que pueden extraer estos minerales, y de razón

para inventar máquinas. Sin embargo, no deducimos a partir de esto que todos los hombres sean ricos. En primer lugar, es necesario que estén equipados; y es con gran trabajo como esas riquezas escondidas en la oscuridad pueden ser sacadas a la luz del día. No se ofrecen a los ociosos ni a los que se pasan el día bostezando, y ni siquiera a todos los que las buscan; pues vemos que hay algunos que se afanan y que luego no sacan nada. Si en los asuntos comunes de la existencia encontramos a pocos que se guíen por la razón, ya que sólo muy de cuando en cuando los hombres vuelven los ojos hacia sí mismos con el objeto de buscar así la causa, el modo y la razón de su vida, no debemos sorprendernos ante el hecho de que en lo referente a la ley de la naturaleza, la cual es mucho más difícil de conocer, las opiniones de los hombres sean tan diferentes. Pues la mayoría de la gente se ocupa muy poco de sus deberes; no tanto se guían por la razón como por el ejemplo de otros, o por las tradicionales costumbres y modas del país, o, finalmente, por la autoridad de aquéllos a quienes consideran buenos y prudentes. No quieren aceptar ninguna otra regla de vida y comportamiento, estando satisfechos con esa regla de segunda mano que la conducta de otras gentes, sus opiniones y su consejo proporcionan a los incautos, sin que medie una seria reflexión y aplicación. Por lo tanto, no se sigue que la ley de la naturaleza no puede ser conocida por la luz

natural, sólo porque sean únicamente unos pocos los que, no estando corrompidos por el vicio ni siendo descuidados e indiferentes, hagan uso apropiado de esa luz.

III

¿ESTÁ LA LEY DE LA NATURALEZA INSCRITA EN LAS MENTES DE LOS HOMBRES? NO.

Como ya hemos probado más arriba que hay una ley de la naturaleza y que esta ley puede ser conocida —no ciertamente por tradición, sino por la luz natural—, podrán surgir dudas acerca de qué sea esta luz natural. Pues lo mismo que la luz del sol nos revela con sus rayos el resto de la realidad, dicha luz es en sí misma desconocida y su naturaleza permanece en lo oculto. Como de hecho nada puede darse a conocer al hombre sin que el principio de ese conocimiento, o esté impreso en la naturaleza original del alma, o sea impartido

desde fuera a través de los sentidos, merecerá la pena que investiguemos el primer principio de este conocimiento y nos preguntemos si las almas de los recién nacidos son únicamente *rasae tabulae* que luego son llenadas por la observación y el razonamiento, o si tienen la leyes de la naturaleza impresas en ellas a modo de signo desde el momento de su nacimiento. Con nuestra investigación acerca de si la ley de la naturaleza está inscrita en las almas de los seres humanos, lo que queremos averiguar es si hay algunas proposiciones morales inscritas en la mente de manera innata y, por así decirlo, como grabadas en ella de tal modo que le parezcan tan naturales y conocidas como sus propias facultades de voluntad y entendimiento; y también queremos averiguar si, al ser siempre inmutables y claras, son conocidas sin necesidad de estudio o razonamiento alguno. Los siguientes argumentos, sin embargo, mostrarán que la ley de la naturaleza no existe como una marca impresa en nuestros corazones.

Primero: Ha sido únicamente una afirmación gratuita, hasta ahora no probada por nadie aunque son muchos los que se han esforzado en ello, decir que las almas de los seres humanos son algo más que tablas vacías capaces de recibir toda clase de impresiones pero sin tener ninguna grabada en ellas por naturaleza.

Segundo: Si esta ley de la naturaleza hubiera sido impresa naturalmente en las almas de todos

los hombres desde su nacimiento, ¿cómo es que los seres humanos, que tendrían sus almas instruidas por esa ley, no se ponen todos inmediatamente de acuerdo sobre ella sin dudarlo ni un momento, y muestran su disposición a obedecerla? Porque respecto a esta ley de la naturaleza difieren de manera tan diversa, que aquí se predica una regla de naturaleza y de recta razón, y allí otra; una y la misma cosa es buena según unos, y mala según otros; algunos reconocen una diferente ley de la naturaleza, y otros no reconocen ninguna, aunque todos admiten que se trata de una cosa oscura. Si en este punto algunos respondieran diciendo (y sé que varios lo han hecho) que esta ley que la naturaleza ha inscrito en nuestros corazones ha sido, o bien parcial, o bien total y absolutamente borrada como consecuencia de la Caída (argumento que, desde luego, es totalmente desconocido para la mayoría de los hombres, la mayoría de los cuales puede que no hayan pensado ni una sola vez acerca de Adán o de su caída), dicha respuesta, además de ser una que no concierne particularmente a los filósofos, en modo alguno resolvería la dificultad ni disiparía la duda. Pues como mantienen que esta ley originalmente impresa en los corazones de los hombres ha sido borrada, deben afirmar una de estas dos cosas: o que esta ley ha sido parcialmente perdida, es decir, que algunos de sus preceptos han muerto por completo, o que han desaparecido todos. Si han sido sólo algunos los preceptos de

esta ley los que se han borrado de los corazones de los hombres, los que aún permanecen allí inscritos, o bien serán los mismos en todos los seres humanos, o bien diferentes. Si decimos que son los mismos, entonces todos los hombres del mundo se pondrían fácilmente de acuerdo sobre dichos preceptos, lo cual vemos que no sucede en absoluto. Si decimos que los decretos de la naturaleza que han quedado en las almas humanas son diferentes, y que estas inscripciones innatas varían de hombre a hombre, ¿cuál será —me pregunto— la causa de esta diferencia, si consideramos que la naturaleza es en todas partes constante y uniforme en sus obras? ¿Y no sería absurdo afirmar que las mentes de los hombres difieren entre sí en lo tocante a los primeros principios? ¿A través de qué medio podría conocerse la ley de la naturaleza y una regla definida de rectitud y bondad moral, si admitimos de antemano que los dictados naturales y los principios de la acción varían de persona a persona? Pero si afirmamos que esta ley originalmente inscrita en el corazón humano ha sido totalmente borrada, ¿dónde estará ahora —os ruego me digáis— esa ley de la naturaleza que estamos buscando? No habrá, según estas premisas, ley de la naturaleza alguna, a menos que lleguemos a conocerla por un procedimiento diferente del conocimiento por inscripción.

Tercero: Si esta ley de la naturaleza se halla inscrita en las mentes de los hombres, ¿cómo es que

los chicos jóvenes, la gente analfabeta y esas razas primitivas que, al no tener instituciones, leyes y conocimiento, se dice que viven de acuerdo con la naturaleza, no conocen esta ley mejor que nadie? Todos ellos están totalmente libres de nociones que les hayan llegado desde fuera y que podrían distraer sus mentes llevándolas en otra dirección; no absorben opiniones tomadas de otra fuente, que pudieran corromper o emborronar los dictados de la naturaleza. Pues no tienen otros maestros que no sean ellos mismos, y no siguen otra cosa que no sea la naturaleza misma. Si la ley de la naturaleza estuviera inscrita en las almas de los seres humanos, uno tendría que creer que entre estas gentes dicha ley habría de encontrarse sin tacha ni defecto. Y, sin embargo, cualquiera que consulte las historias del viejo y del nuevo mundo, o los itinerarios de los viajeros, observará cuán lejos se hallan estas gentes de la virtud y de la moral, y qué ajenas son a cualquier sentimiento humano. Pues no hay en ninguna parte honestidad tan dudosa como la suya, tanta traición, tanta horrorosa crueldad en los sacrificios a los dioses y a los espíritus familiares, matando gente y ofreciendo sangre de los suyos. Y nadie creerá que la ley de la naturaleza es mejor conocida y observada entre estas gentes bárbaras y desnudas, pues en la mayoría de ellas no parece haber la menor traza de piedad, mansedumbre, fidelidad y demás virtudes, sino que, por el contrario, pasan su vida

miserablemente entre rapiñas, hurtos, estupros y homicidios. No parece, pues, que la ley de la naturaleza esté inscrita en los corazones de los hombres, si quienes no tienen otra guía que la naturaleza misma, y entre los cuales los decretos de la naturaleza están menos contaminados por arbitrarias costumbres morales, viven con tal ignorancia de las leyes y como si en absoluto hubiera principio alguno de rectitud y bondad.

Admito que entre los pueblos mejor educados y más pulidos por obra del adoctrinamiento y la instrucción moral, hay algunas opiniones ciertas e indudables acerca de lo que debe hacerse; mas aunque puedan tomar éstas como leyes naturales y crean que han sido inscritas en sus corazones por naturaleza, me resisto a pensar que de hecho se derivan de la naturaleza, y estimo más bien que las han recibido de alguna otra fuente. Quizá haya algunos preceptos de la ley de la naturaleza que no son aprendidos de la naturaleza, sino de otros hombres. Pues estas opiniones acerca de lo recto y lo justo que son abrazadas por nosotros con tanta firmeza, ya existen en su mayor parte como tales cuando aún estamos en una tierna edad, antes de que podamos determinar nada acerca de ellas, u observar cómo se insinúan en nosotros, se deslizan en nuestras mentes desprevenidas y nos son inculcadas por nuestros padres, maestros u otros con quienes vivimos. Pues como éstos creen que tales opiniones conducen a una vida bien orde-

nada, y quizá ellos mismos han sido educados en ellas de igual modo, se ven inclinados a imbuir en las mentes juveniles opiniones de este tipo, las cuales estiman necesarias para una vida buena y feliz. En esta cuestión, los más cautos y diligentes son aquéllos que piensan que toda esperanza en una vida futura descansa sobre los cimientos morales que se construyen desde el principio. Y así, como de este modo y sin que nos demos cuenta estas opiniones se han deslizado en nuestras mentes con muy poca atención por nuestra parte, echando raíces en nuestros corazones mientras nosotros permanecíamos sin saber ni el cuándo ni el cómo; y como dichas opiniones reafirman su autoridad por el consenso y aprobación general de los hombres con quienes tenemos trato social, pensamos inmediatamente que hemos de concluir que han sido inscritas por Dios y por la naturaleza en nuestros corazones, ya que no hemos observado ningún otro origen de ellas. Y como por uso cotidiano vamos estableciendo estas opiniones como reglas de vida, estaríamos inseguros acerca de nuestra vida futura y arrepentidos de nuestra vida pasada si llegáramos a dudar que estas opiniones representan verdaderamente la ley de la naturaleza. Pues si la ley de la naturaleza no fuera lo que hasta ahora hemos observado, tendríamos que concluir necesariamente que hasta el presente hemos vivido mal y sin razón. Es por eso por lo que abrazamos tan firmemente esas opi-

niones de juventud que han sido infundidas en nosotros por otros, las estimamos en grado sumo, creemos en ellas obstinadamente, y no toleramos que nadie las ponga en duda. Y como les damos rango de principios, tampoco nos permitimos a nosotros mismos, ni dudar de ellas, ni discutir sobre ellas con alguien que las niegue (pues creemos que son principios). De todo esto, por tanto, se deduce que pueden existir muchas cosas que uno puede creer que están inscritas por naturaleza en la mente, y que sin embargo derivan su origen de alguna otra fuente; y que por el hecho de creer firmemente en algo dándole el rango de principio sin saber cuál es su origen, de ello no se sigue que la ley de la naturaleza sea inscrita en nuestros corazones por naturaleza.

Cuarto: Si esta ley de la naturaleza estuviera inscrita en nuestros corazones, ¿por qué los estúpidos y los débiles mentales no tienen conocimiento de ella? Pues se dice que esa ley es inmediatamente estampada en nuestras mentes y depende muy poco de la constitución y estructura de los órganos corporales. Sin embargo, es admitido que es en esto precisamente donde radica la única diferencia entre los prudentes y los estúpidos.

Quinto: Si la ley de la naturaleza estuviera impresa en nuestros corazones, debería inferirse que los principios especulativos están también inscritos, igual que los principios prácticos. Pero esto

parece difícil de probar; pues si tratáramos de examinar el primero y más notorio principio de las ciencias (a saber: que es imposible que una misma cosa sea y no sea a un mismo tiempo), al instante estaríamos de acuerdo en que este principio no está inscrito en nuestras almas por naturaleza como un axioma, ni es admitido por todos antes de haberlo aprendido de otra persona, o (lo cual es el modo apropiado de establecer principios) antes de haber sido probado a uno mismo por inducción y mediante la observación de casos particulares. Parece, por tanto, que no hay principio alguno, ni práctico ni especulativo, que esté inscrito por naturaleza en las almas de los hombres.

IV

¿PUEDE LA RAZÓN LLEGAR AL CONOCIMIENTO DE LA LEY DE LA NATURALEZA A TRAVÉS DE LA EXPERIENCIA SENSIBLE? Sí.

Ya hemos probado más arriba que la ley de la naturaleza es cognoscible mediante la luz natural, que es, ciertamente, nuestra única guía cuando entramos en el itinerario de la vida, y la que de varias e intrincadas maneras, evitando los accidentados caminos del vicio, por un lado, y las desviaciones del error, por otro, nos lleva hasta esa cima de virtud y felicidad a la que nos invitan los dioses y a la que también tiende la naturaleza. Pero como, según iba diciendo, esta luz natural per-

manece escondida en las tinieblas y parece más difícil de conocer que el lugar adonde nos lleva, merecerá nuestro esfuerzo que disipemos esa oscuridad y, al mismo tiempo, que también dejemos de estar cegados por la luz del mismo sol. Es apropiado, ciertamente, no sólo hacer como las bestias y aprovecharnos de la luz para ponerla al servicio de la vida y usarla para guiar nuestros pasos, sino también indagar, mediante una investigación más profunda, qué es esta luz, su naturaleza y su origen. Pero como, según se ha mostrado en otro lugar, la luz natural no es ni la tradición ni algún interno principio moral inscrito en nuestras mentes por naturaleza, no queda otra cosa para definirla sino la razón y la percepción sensible. Pues sólo estas dos facultades parecen enseñar y educar las mentes de los hombres, y procurar lo que es característico de la luz natural, a saber: que cosas de otro modo totalmente desconocidas y escondidas en las tinieblas puedan presentarse a la mente y ser conocidas y, por así decirlo, observadas. Mientras estas dos facultades se sirvan mutuamente —la percepción sensible procurando a la razón ideas de objetos sensibles particulares, y la razón, por su parte, guiando la facultad del sentido y componiendo las imágenes derivadas de la percepción sensible, formando así otras y deduciendo otras nuevas—, no hay nada que sea tan oscuro, tan escondido y tan alejado de todo sentido, que no pueda ser aprehendido por la refle-

xión y el razonamiento si tiene el apoyo de estas facultades. Pero si suprimimos una de las dos, la otra quedará inutilizada; pues, privados de razón, aunque seamos estimulados por nuestros sentidos, apenas si podremos alcanzar el nivel natural en que se encuentran los brutos, ya que vemos que el cerdo y el mono, y muchos cuadrúpedos, sobrepasan con mucho al ser humano en sus capacidades sensibles. Por otra parte, sin la ayuda y asistencia de los sentidos, la razón no puede lograr más de lo que conseguiría un obrero trabajando en la oscuridad con las ventanas cerradas. A menos que las imágenes de los objetos penetren en la mente, no habrá materia de razonamiento, ni podrá la mente contribuir a la construcción del conocimiento, más que podría un arquitecto contribuir a la construcción de casas si le faltase la piedra, la madera, la arena y los demás materiales de construcción. No se entiende aquí por *razón* algunos principios morales o algunas proposiciones puestas en el alma, tales que, si las acciones de nuestra vida responden debidamente a ellas, se dice que están de acuerdo con la recta razón. Pues una recta razón de este tipo no es otra cosa que la ley de la naturaleza misma ya conocida, y no la manera en que, o la luz natural mediante la que, la ley de la naturaleza es conocida. Es solamente el objeto de la razón, no la razón misma; es decir, son esas verdades que la razón busca y persigue como algo necesario para la dirección de la vida y la forma-

ción del carácter. Por el contrario, *razón* es aquí entendida como facultad discursiva de la mente, que avanza a partir de cosas conocidas hasta llegar a cosas desconocidas, y deduce una cosa de otra según un orden de proposiciones definido y fijo. Es mediante esta razón como el género humano llega al conocimiento de la ley natural. Sin embargo, el fundamento sobre el que descansa todo ese conocimiento que la razón edifica y que llega tan alto como el cielo, lo constituyen los objetos de la experiencia sensible. Pues son los sentidos los que primero proporcionan la total y primaria materia del discurso, y la introducen en los profundos rincones de la mente. Toda argumentación procede siempre de lo que nos es conocido y aceptado; y la mente no puede discurrir o razonar sin alguna verdad que nos es dada y es percibida, igual que el animal más ligero entre los cuadrúpedos, cualquiera que éste sea, no puede moverse o avanzar de un lugar a otro sin una base estable en la que apoyar sus pasos.

— Reconozco que es asombroso lo que la razón encuentra e investiga en la ciencia matemática; pero todo esto depende de una línea, se edifica en un plano y tiene una sólida sustancia como fundamento en que apoyarse. Ciertamente, la matemática presupone estos objetos de sus operaciones, junto con otros principios generales, como datos suyos. Ni los descubre, ni prueba que son verdaderos. Es claro que la razón también adopta

el mismo procedimiento en la transmisión e investigación de otras formas de conocimiento y en el embellecimiento y perfeccionamiento de las cosas. Y si hay algunas cosas oscuras, sublimes y nobles, ante las cuales la razón misma pueda maravillarse y las muestre como descubrimiento suyo, no hay, sin embargo, en toda la escala de las ciencias especulativas, ninguna en la que no haya siempre algo que se presupone, se acepta y se toma a préstamo de los sentidos. Todo concepto de la mente, así como del cuerpo, se hace siempre a partir de una materia preexistente; y la razón procede también de la misma manera en las ciencias morales y prácticas, y pide que se le conceda esa materia. Pero a fin de que sepamos cómo la experiencia sensible y la razón, en la medida en que se asisten mutuamente, pueden llevarnos al conocimiento de la ley natural, han de explicitarse de antemano algunas cosas, ya que se presuponen necesariamente en el conocimiento de toda ley. En primer lugar, para que una persona pueda entender que está obligada por una ley, debe saber de antemano que hay un legislador, es decir, algún poder superior al que con razón está sujeto. Segundo, es también necesario saber que hay, por parte de ese poder superior, una voluntad respecto a las cosas que han de ser hechas por nosotros; en otras palabras, que el legislador, quienquiera que éste sea, quiere que hagamos esto y que no hagamos eso otro, y pide de nosotros que la conducta de nues-

tra vida esté de acuerdo con su voluntad. En lo que sigue quedará de manifiesto qué es lo que la experiencia sensible aporta, y qué la razón, a fin de que estos dos presupuestos, que se requieren para el conocimiento de la ley de la naturaleza, puedan llegar a nuestro conocimiento.

En primer lugar, pues, decimos que es evidente por experiencia sensible que en el mundo natural hay objetos perceptibles, es decir, que verdaderamente existen cuerpos sólidos con sus propiedades: peso ligero y peso pesado, calor y frío, colores, y el resto de las cualidades que se presentan a los sentidos, las cuales pueden todas ellas referirse en último término al movimiento; que este mundo visible está construido con arte y regularidad maravillosas, y que nosotros, el género humano, somos una parte de ese mundo. Vemos, ciertamente, las estrellas girando en una trayectoria ininterrumpida y fija, los ríos fluyendo hacia el mar, y los años y los cambios de estaciones sucederse en un orden definido. Esto, y una serie casi infinita de más cosas, lo aprendemos de los sentidos.

Decimos, en segundo lugar, que la mente, después de considerar la maquinaria de este mundo percibida por los sentidos, y después de contemplar la belleza de los objetos que se observan, su orden, elegancia y movimiento, procede desde ahí a preguntarse por su origen, a descubrir cuál fue su causa y quién el hacedor de obra tan excelente;

pues es indiscutible que esto no pudo organizarse casualmente y por azar en una estructura tan perfecta e ingeniosamente ensamblada en todos sus aspectos. De lo cual puede inferirse con certeza que debe existir un poderoso y sabio creador de todas estas cosas, el cual hizo y fabricó todo este mundo y también a los hombres —que no somos la parte más insignificante de dicho mundo—. Pues los demás seres que hay en él —cosas inanimadas y bestias— no pueden crear al hombre, el cual es mucho más perfecto que ellas. Tampoco puede el hombre crearse a sí mismo; pues es indiscutible que nosotros no debemos nuestro origen a nosotros mismos, no sólo porque no hay nada que sea causa de sí —pues este axioma, obviamente, no nos impide, si queremos reconocer la existencia de Dios, creer que hay algo que existe y que no depende de otro—, sino también porque el hombre no encuentra en sí mismo todas las perfecciones que puede concebir con su mente. Pues (omitiendo ahora el perfecto conocimiento de todas las cosas y una mayor autoridad sobre las cosas de la naturaleza) si el hombre fuera el hacedor de sí mismo, capaz de darse el ser, entonces tendría el poder de darse una esencia en el mundo natural, y también el de darse una existencia de duración sempiterna. Porque no puede concebirse que algo sea tan hostil contra sí mismo que, siendo capaz de darse la existencia, no quiera al mismo tiempo preservarla, o la deje escapar de buen grado

cuando el breve curso de una pequeña vida ha concluido. Pues sin la vida, todas las demás cosas preciosas, útiles, agradables y felices no pueden retenerse y son perseguidas en vano. Desde luego, se requiere un poder menor para preservar algo, que el que se requiere para crearlo, o en cualquier caso, un poder igual; y quienquiera que sea el que en un momento dado ha ordenado que algo empiece a existir, puede hacer que ese algo no cese de existir en algún otro momento. Puestas así las cosas, de ello se sigue necesariamente que existe por encima de nosotros otro agente más poderoso y sabio que puede, según su deseo, producirnos, conservarnos y hacernos desaparecer. Inferidas estas cosas a partir del testimonio de los sentidos, la razón determina que tiene que haber un ser superior al cual estamos con justicia sujetos, a saber: un Dios que tiene un debido e inevitable mando sobre nosotros, y que puede, según su voluntad, ensalzarnos o postrarnos, y hacernos, en virtud de ese mismo poder suyo, felices o desdichados. Y como es Él mismo quien ha creado el alma y formado el cuerpo con un arte maravilloso, y ha explorado detalladamente las facultades y poderes de ambos, así como su constitución y naturaleza oculta, puede llenar y agitar una con la tristeza o la alegría, y el otro con el dolor o el placer. Puede también elevar a ambos a una condición de máxima felicidad, o hundirlos en un estado de miseria y de tormento. De lo cual se echa clara-

mente de ver que, cuando el sentido nos guía, la razón puede llevarnos al conocimiento de un legislador o de un ser dotado de un poder superior, al cual estamos necesariamente sujetos; lo cual era el primer requisito para el conocimiento de toda ley. Desde luego, admito que algunos han intentado probar, a partir del testimonio de la conciencia, que hay una Divinidad presidiendo este mundo; otros lo han hecho partiendo de la idea de Dios, la cual se considera como algo innato en nosotros. Cualquiera de estos modos de argumentar probaría, ciertamente, que Dios existe, incluso si (y esto quizá resultará claro para quien considere el caso más cuidadosamente) ninguno de los argumentos utilizados en sendos modos deriva su fuerza de nuestras cualidades innatas, es decir, de la percepción sensible y de la razón operando sobre los objetos sensibles, y de la fuerza de los argumentos de ahí deducidos. Sin embargo, para confirmar la verdad de nuestro argumento, basta con que el hombre, como se ha mostrado más arriba, ejercitando a la vez sus sentidos y su razón, pueda llegar a conocer una divinidad suprema. Permítaseme abstenerme ahora de señalar que con justicia puede dudarse si esa idea de Dios pertenece a todos los seres humanos por naturaleza; pues aun fiándonos de quienes han viajado a tierras extrañas, hay en el mundo, como se atestigua en los relatos de sus viajes, algunos pueblos que no reconocen deidad alguna, no hay, sin

embargo, nación tan incivilizada y tan privada de cultura, que no se goce en el uso de los sentidos y no supere a los brutos en el uso de la razón y en la facultad de argumentar, aunque quizá no haya perfeccionado esas facultades innatas mediante una disciplina añadida. Y hasta tal punto es esto así, que todos los hombre están en todas partes suficientemente preparados por naturaleza para descubrir a Dios en sus obras, siempre y cuando no sean indiferentes al uso de estas facultades innatas y no rehúsen seguir el camino que la naturaleza les marca. Queda, pues, de manifiesto que los hombres pueden inferir, a partir de las cosas sensibles, que existe un poderoso ser superior que tiene derecho y autoridad sobre los hombres mismos; pues, ¿quién negará que la arcilla está sujeta a la voluntad del alfarero, y que una pieza de cerámica puede ser destruida por la misma mano por la que ha sido formada?

En tercer lugar⁷, pues, como de la evidencia que proporcionan los sentidos debe concluirse que hay un hacedor de todas las cosas, al cual es necesario reconocer no solamente como ser poderoso, sino también como sabio, de ello se sigue que Él no ha creado este mundo en vano y sin propósito. Pues es contrario a tanta sabiduría laborar sin un fin determinado; y tampoco puede creer el hom-

⁷ Por error, Locke dice aquí «Secundo igitur». De hecho se trata de un tercer argumento.

bre que, como es consciente de que posee una mente ágil y capaz, versátil y lista para cualquier cosa, dotada de razón y conocimiento; y de que posee, además, un cuerpo activo que puede moverse en cualquier dirección según los dictados del alma, tampoco puede creer —digo— que todas estas cosas le hayan sido concedidas por un creador sumamente sabio para que él no haga nada; y que haya sido pertrechado con estas facultades para que gracias a ellas pueda ser más espléndidamente perezoso y torpe. De lo cual resulta evidente que Dios quiere que el hombre haga algo. Pero qué sea lo que debemos hacer, se deduce en parte del fin que tienen todas las cosas. Pues como éstas derivan su origen de un beneplácito divino y son obra de un hacedor perfecto y sabio en grado sumo, no parece que tengan otro fin que el de Su gloria. Y todas las cosas han de referirse a este fin. También podemos en parte colegir el principio y la regla cierta de nuestro deber, a partir de la constitución misma del hombre y de las facultades y atributos humanos. Pues como el hombre no ha sido creado sin un designio y un propósito para el que esas facultades pueden y deben ejercitarse, su función parece ser aquella para la que la naturaleza le ha preparado. Es decir, cuando descubre que hay en él experiencia sensible y razón, se siente dispuesto y listo para contemplar las obras de Dios y esa sabiduría y poder Suyos que tales obras revelan; y, consecuentemente, a

asignar y rendir alabanza, honor y gloria a tan grande y benéfico autor. Además, no sólo se siente impelido por los usos y necesidades de la vida a procurar la convivencia con otros hombres, sino que también se siente urgido a asociarse con otros por propensión natural, y a estar dispuesto a mantener ese trato mediante el don del lenguaje, en la misma medida en que se ve obligado a preservarse a sí mismo. Pero como se ve urgido en gran medida por un instinto interno a cumplir esta parte de su deber, y no puede encontrarse a nadie que no se ocupe de sí o que renuncie a sí mismo, y todos dirigen a este punto más atención de la necesaria, no es preciso que en esto haga yo advertencia alguna. Pero quizá haya lugar en otra parte para comentar estas tres cosas que comprenden todo lo que el hombre debe a Dios, a su prójimo y a sí mismo.

V

¿PUEDE LA LEY DE LA NATURALEZA
SER CONOCIDA COMO
CONSECUENCIA DEL CONSENSO
DE LOS HOMBRES? NO.

Vox populi, vox Dei. Cuán incierta y cuán falaz es esta regla, cuántos males produce, y con cuánto espíritu de partido y crueldad de intención este fatal proverbio ha sido diseminado entre las gentes, es cosa que hemos aprendido gracias a la más triste lección. Ciertamente, si escuchásemos lo que dice esa voz como si ella fuera el heraldo de la ley divina, apenas si podríamos creer que hay un Dios. Pues ¿hay algo tan abominable, tan malvado, tan contrario a todo derecho y a toda ley, que el consenso gene-

ral o, por mejor decirlo, que la conspiración de una muchedumbre insensata no defienda de cuando en cuando? Hasta el día de hoy hemos oído del saqueo de templos divinos, de audacia e inmoralidad acendradas, de leyes violadas, de derrocamientos de reinos. Y de seguro, si esta voz fuera la voz de Dios, sería exactamente lo opuesto de aquel primer *Fiat* por el que Él creó esta elegante estructura y la edujo de la nada. Tampoco habla jamás Dios a los hombres de esta manera —a menos que desease sepultarlo todo nuevamente en la confusión y reducirlo a un estado de caos—. En vano, por tanto, deberíamos buscar los dictados de la razón y los decretos de la naturaleza en el consenso de los hombres.

El consenso de los hombres puede considerarse de modos diversos. En primer lugar, puede dividirse en consenso positivo y consenso natural.

Llamamos consenso positivo a aquel que surge, o de un contrato tácito, es decir, estimulado por los intereses comunes y la conveniencia de los hombres —como el libre pasaje de representantes diplomáticos, el libre comercio, y otras cosas por el estilo—, o al que surge de un contrato formulado expresamente, como el que estipula las líneas fronterizas entre los pueblos, la prohibición de la compra e importación de ciertas mercancías, y muchos otros más. Ninguna de estas dos formas de consenso, pues ambas dependen totalmente de un contrato y no se derivan de ningún principio natural, prueba en absoluto la existencia de una ley de la



naturaleza. Pues, por poner un ejemplo, es evidente que el acuerdo de que los representantes diplomáticos disfruten de libre pasaje —acuerdo que es respetado en casi todas las naciones— es positivo y no implica una ley de la naturaleza, precisamente porque, de acuerdo con la ley de la naturaleza, todos los hombres son amigos entre sí y están ligados por intereses comunes, a menos que (como algunos mantienen) haya en el estado de naturaleza una guerra general y perpetua y un odio mortal entre los hombres. Pero ya decidamos por esta alternativa o por la otra, ya pensemos que los hombres son hostiles o son amigables entre sí, no puede encontrarse ninguna razón basada en la ley de la naturaleza, por la cual el pasaje de un representante diplomático a países extranjeros sea más seguro, o su posición sea más importante que la de una persona privada, a menos que esto sea establecido por un acuerdo tácito entre los hombres, resultado de una imperiosa necesidad: que puedan reclamar una propiedad que les ha sido injustamente arrebatada, por intervención de un solo hombre, en vez de por el uso de una fuerza ejercida por muchos. Sin embargo, si bien la ley de la naturaleza nos prohíbe totalmente ofender o injuriar sin causa tanto a una persona privada como a un representante diplomático, yo pienso, ciertamente, que hacer violencia a los representantes diplomáticos es peor que injuriar a una persona privada; pues en el primer caso la culpa es doble: se ha cometido una mala acción y se ha violado un acuerdo.

Así, aunque a un representante diplomático se le considera más inviolable que a otras personas, esta regla no ha sido dictada por la ley de naturaleza; pues esta ley no supone ni permite que los hombres sean excitados por el odio de unos contra otros, ni que se dividan en naciones hostiles entre sí. Tampoco es ese consenso, que hemos llamado positivo, tan general en otras cuestiones, que pueda aplicarse a todos los pueblos. Pues lo que quizá es creído entre las similares y vecinas naciones de Europa, y aprobado sin discusión por todas ellas, sea ignorado y despreciado por pueblos de Asia y de América, los cuales no se consideran obligados por las mismas leyes, estando separados de nosotros por grandes extensiones de tierra y siendo extraños a nuestra moral y a nuestras opiniones. Por lo tanto, todo este consenso derivado de contratos no prueba que hay una ley de la naturaleza; lo que prueba es que hay un derecho de gentes, el cual no nos es impuesto por la ley de la naturaleza, sino que ha sido sugerido por los hombres por razones de común utilidad.

En segundo lugar, el consenso natural, según el cual los hombres son dirigidos por un cierto instinto natural sin intervención de pacto alguno, puede ser de tres tipos:

Primero: En las costumbres o acciones, es decir, la conformidad que hallamos en la conducta moral de los seres humanos y en los usos de la vida en común.

Segundo: En aquellas opiniones a las que los hombres dan su asentimiento de diversas maneras: a algunas, asentimiento firme e invariable; a otras, débil e inestable.

Tercero: En los primeros principios, que son precisamente los que suscitan un inmediato asentimiento por parte de cualquier hombre que esté en su sano juicio, de tal modo que no hay persona cuerda que pueda dudar de su verdad, entendidos sus términos.

Primeramente, por tanto, decimos que, en lo concerniente a un consenso en cuestiones de moral y costumbres, ello no prueba en modo alguno la existencia de una ley de la naturaleza. Pues si lo que es justo y legal tuviera que ser determinado por la manera en que viven los hombres, la rectitud e integridad moral no serían apreciadas. ¿Qué inmoralidad no sería permitida, e incluso inevitable, si la ley nos fuese dada por el ejemplo de la mayoría? ¿A qué infamias, villanías y toda clase de cosas vergonzosas no nos arrastraría la ley de naturaleza si hubiésemos de seguir el camino que la mayoría de la gente sigue? ¿Es que son pocos, entre las naciones civilizadas, educadas según leyes específicas que han sido por todos reconocidas como obligatorias, los que por su estilo de vida indican que están dando su aprobación a los vicios y muy a menudo, por su mal ejemplo, llevan a otros por el mal camino, cuyas faltas no podrían enumerarse? Es un hecho que ahora toda clase de mal ha crecido entre los hombres y se ha extendido por el

mundo, afectando a todas las cosas. Ya en el pasado, los seres humanos mostraron un especial talento en la corrupción de las costumbres, e incurrieron en tal variedad de vicios que no dejaron ninguno para que lo inventase o añadiese la posteridad; y hoy es imposible cometer cualquier crimen imaginable del que no tengamos ya un ejemplo. Si alguien quisiera juzgar la rectitud moral basándose en el consenso de los hombres acerca de sus acciones, y a partir de ahí inferir una ley de la naturaleza, no haría otra cosa que estar esforzándose en ser un insensato conforme a razón. Que se sepa, nadie, por tanto, ha intentado basar una ley de la naturaleza en este desafortunado consenso entre los hombres. Puede decirse, sin embargo, que la ley de la naturaleza ha de inferirse, no de la conducta de los hombres, sino de sus pensamientos. Hemos de indagar, no en las vidas de los seres humanos, sino en sus almas; pues es ahí donde los preceptos de la naturaleza están impresos y donde residen las reglas de moral, junto con esos principios que no pueden ser corrompidos por la conducta de los hombres. Y como estos principios son los mismos para todos y cada uno de nosotros, no pueden tener más autor que Dios y la naturaleza. Por esta razón es por lo que esa ley interna, cuya existencia es a menudo negada por los vicios, es reconocida por la conciencia de los hombres. E incluso aquellos que actúan de una manera perversa, sienten en su interior de una manera justa. Volvamos, por tanto, a

ese consenso general que esperamos puede encontrarse en las opiniones de los hombres.

Decimos, pues, en segundo lugar, que no hay entre los seres humanos un consenso general y común acerca de la rectitud moral. Y, en este punto, antes de descender a detalles, diré brevemente que no hay vicio, ni violación de la ley natural, ni vileza moral, que cualquiera que consulte la historia del mundo y observe los asuntos de los hombres no perciba que han sido cometidos, no sólo de una manera privada en algún lugar de la tierra, sino también con la aprobación de la autoridad pública y la costumbre. Y tampoco ha habido nada de naturaleza tan vergonzosa que no haya sido santificado en alguna parte por la religión, o puesto en el lugar de la virtud y preñado de alabanzas. De lo cual es fácil ver cuál ha sido la opinión de los hombres en este asunto, pues creyeron que mediante dichas acciones estaban honrando reverentemente a los dioses o se estaban haciendo ellos mismos semidioses. No diré aquí nada de las varias religiones entre los pueblos, algunas de las cuales son ridículas en sus ceremonias, otras irreverentes en sus ritos e impías respecto al culto mismo, hasta tal punto que otras naciones se estremecen al oír nombrarlas y creen que los ritos sagrados de esos pueblos, como van abiertamente contra la ley de naturaleza, han de ser purgados con nuevos sacrificios. Todo esto, como decía, lo omitiré aquí, pues hemos de creer que la religión no tanto se da a conocer a los hombres por la luz natu-

ral como por revelación divina. Pero si quisiéramos pasar revista a todos los géneros de vicios y virtudes, y nadie duda de que en esta clasificación consiste la ley de la naturaleza, fácilmente se echará de ver que no hay ningún vicio o virtud sobre el que los hombres no se formen opiniones diferentes, apoyados por la autoridad y la costumbre. De tal manera es ello así, que, si el consenso de los hombres se tomase como regla de la moralidad, no habría en absoluto una ley de la naturaleza, o ésta variaría de lugar a lugar: una cosa sería moralmente buena en un sitio, y mala en otro; y los vicios mismos se convertirían en deberes. Pero no hay nadie que mantenga esto. Pues aunque los hombres, llevados por la opinión dominante, hayan hecho ésta o aquella cosa según las prácticas morales de su país (aunque quizá, y no sin razón, a otros les pareciera erróneo y malvado), no pensaban que habían transgredido la ley de la naturaleza sino que, por el contrario, la habían observado. No sintieron ni remordimientos de conciencia ni esa interna flagelación del alma que por lo común castiga y atormenta al culpable; pues creyeron que su acción, cualquiera que ésta fuese, no sólo era legal, sino también laudable. De lo cual se puede inferir, no sólo cuáles fueron la moral y costumbres de los hombres, sino también lo que los hombres pensaron de esa moralidad.

¿Cuál hemos de pensar que ha sido la noción que los hombres han tenido acerca de la justicia, esa principal ley de la naturaleza y vínculo de toda

sociedad, cuando aprendemos de autores fiables que pueblos enteros han sido piratas y ladrones *ex professo*? «Entre los antiguos, la piratería no se consideraba un mal, sino un bien», dice Dídimos en una nota marginal a Homero⁸. Aristo⁹, en un pasaje citado por Aulus Gellius, mantiene que, «entre los antiguos egipcios, raza de hombres que se sabía que eran expertos en el cultivo de las artes y sagaces en el conocimiento de las cosas, los ladrones de todo tipo eran permitidos y estaban libres de castigo». Y el mismo Gellius afirma que, «también entre los lacedemonios, varones sobrios y valientes, hay muchos y muy distinguidos escritores que afirman (cosa de la que tenemos evidencia mucho más reciente que en el caso de los egipcios) que robar era uso legal y acostumbrado». Y hasta los mismos romanos, que se supone presentaron al universo ejemplos de virtud, ¿de qué modo se procuraron a sí mismos honores, triunfos, gloria y el recuerdo inmortal de su nombre, sino mediante el robo y el bandidaje, como resultado de los cuales devastaron el orbe entero? ¿Y qué significó para ellos aquella tan encomiada y celebrada virtud suya; qué significó, digo, sino violencia e injuria? Y esta infame idea de la justicia no ha desaparecido todavía, pues incluso ahora, para muchas nacio-

⁸ La nota, citada en griego por Locke, aparece como comentario a la *Odisea*, iii, 71.

⁹ Jurista romano del tiempo de Trajano.

nes consiste precisamente en saquear, engañar, oprimir, atacar y ganar cuantas posesiones sean posibles por la fuerza de las armas: todo esto se considera como verdadera gloria y cima de las artes de mando. Y creen que la justicia, tal y como la conciben, es ciega y está armada con una espada. «Los ladrones que cometen robos privados», dice Catón, «se pasan la vida en prisión y encadenados; los ladrones públicos, rodeados de oro y púrpura».

¿Y qué decir de la modestia y la castidad, si entre los asirios a las mujeres se las animaba a participar en los banquetes totalmente desnudas, expuestas a la vista de todos, mientras que en otros pueblos es ilegal que las mujeres estén en lugar público, aunque lleven velo, o que muestren la cara o sean vistas por extraños? En otras naciones es legal que las mujeres solteras vivan de una manera disoluta, y se piensa que la castidad es algo que pertenece solamente a las mujeres casadas y que sólo mediante el matrimonio se pone freno al libertinaje de las hembras. Hay otros lugares en los que se consagra el lecho matrimonial con actos de lujuria y se prenden las antorchas nupciales con las llamas del deseo carnal, y donde la novia se acuesta con todos los invitados, teniendo en su primera noche tantos adúlteros como Messalina. En otros sitios existe la costumbre de que es el príncipe, y en otros el sacerdote, el que despoja a la esposa de su virginidad. Dice Solino que «los garamantes de Etiopía no conocen el matrimonio privado, sino que todos pueden formar uniones promiscuas», y esta

inmoralidad les es también atribuida por Pomponio Mela (¡y la madre de los dioses se suponía que era complacida por estos ritos que ofenderían a una mujer decente!). Nada voy a decir aquí de la poligamia, la cual se considera legal en un sitio, y pecado en otro; que en un lugar es ordenada por la ley, y en otro castigada con la muerte.

¿Y qué hemos de creer acerca de los deberes para con los padres, cuando se han encontrado pueblos enteros en los que los hijos crecidos matan a sus padres; donde los hijos, más furiosos que las mismas Parcas, toman la vida que los Hados continuán concediendo; donde no sólo se ordena que todos deben morir, sino también la hora precisa en que la muerte es apalabrada de antemano; donde ni la edad madura ni los largos años declinantes han de esperarse; donde cada uno es el verdugo de su padre, y el parricidio es considerado como uno de los deberes de la piedad? «Hay una costumbre en Cerdeña», dice Aeliano¹⁰, «según la cual los hijos matan a sus ancianos padres golpeándolos con palos, y luego los entierran, creyendo que estaría mal que quienes son muy viejos continúen estando vivos». Dice en el mismo lugar que los derbices¹¹ matan a todos aquellos que han pasado de los setenta años, y otras tribus no parecen pre-

¹⁰ *Varia Historia*, lib. iv. I, p. 60 (ed. Hercher, 1887). Locke da la cita en griego.

¹¹ Pueblo antiguo de Asia, cerca del mar Caspio.

ocuparse mucho más de sus hijos, pues siempre que se les antoja abandonan a los recién nacidos y parece que les han dado la vida sólo a fin de poder quitársela. Hay otros que desprecian a su progenie de sexo femenino como si fuera una especie bastarda y un error de la naturaleza; y compran esposas de sus vecinos con la esperanza de tener prole con ellas. De todo esto se deduce que los hombres no consideran que han de sujetarse a una ley que la naturaleza parece haber establecido, incluso en las almas de los animales; y llegan a superar en salvajismo a las bestias feroces.

Si hubiera una ley de la naturaleza santa en grado sumo para todos, la cual el género humano, impulsado por un cierto instinto natural y por su propio interés, parecería estar obligado a observar, sería la ley de auto-preservación. Y es por eso por lo que algunos la establecen como la ley de la naturaleza más importante y fundamental. Pero, de hecho, es tal el poder de la costumbre y de la opinión basada en estilos tradicionales de vida, que llega a armar a los hombres contra sí mismos y hace que éstos busquen su propia muerte con la misma intensidad con que otros la rehúyen. Se han encontrado súbditos que no sólo reverencian y defienden a su rey cuando éste está vivo, sino que también lo siguen hasta más allá de la muerte. Y hay esclavos que sirven a sus amos en la ultratumba y quieren demostrar su obediencia y sumisión allí donde todos los hombres son iguales.

Y no son únicamente los varones —la porción más esforzada y valerosa del género humano— los que tienen el coraje de hacer esto; pues, entre los indios, al débil y tímido sexo femenino no le importa la muerte, y las mujeres se apresuran a reunirse con sus maridos muertos atravesando las llamas y la muerte. Dejan que las antorchas nupciales sólo se extingan en las llamas de la pira funeraria, y prefieren buscar una nueva cámara nupcial en la misma fosa, antes que soportar el lecho de las viudas y vestir de luto por el esposo perdido. De lo cual Mandelslo se declara testigo ocular en su recientemente publicado viaje de Olearius¹². Y él mismo nos cuenta que vio a una mujer joven y hermosa, la cual, tras la muerte de su esposo, no pudo ser disuadida de matarse a sí misma, a pesar de los consejos, ruegos y lágrimas de sus amigos. Después de una involuntaria demora de seis meses, con el permiso del magistrado, se vistió como si fuera a una boda y, con aire triunfal y rostro iluminado de alegría, se subió a lo alto de la pira que había sido montada en la plaza del mercado y gozosamente pereció entre las llamas.

Largo sería relatar otros casos particulares. Y no es sorprendente que los hombres piensen de modos tan diferentes acerca de lo que está bien y lo que está mal, pues difieren hasta en lo concerniente a los primeros principios y dicen dudar

¹² *Travels*, Libro I.

sobre Dios y la inmortalidad de las almas. Incluso si Dios y la inmortalidad del alma no fueran proposiciones morales y leyes de la naturaleza, tendrían, sin embargo, que presuponerse a fin de que la ley de la naturaleza pudiera existir. Pues no hay ley sin legislador, y la ley no tiene propósito si no hay castigo. Por ejemplo, algunos pueblos del Brasil y los habitantes de Soldania no reconocen ni adoran a dios alguno, según nos cuentan quienes consideraron que merecía la pena viajar a estos lugares. Pero incluso si nadie se hubiera visto tan privado de todo sentido y tan destituido de razón y de sentimientos humanos como para no tener a un dios en su corazón, ¿en qué medida —pregunto— sería mejor la creencia de los politeístas? ¿Qué decir de la opinión acerca de los dioses que tenían griegos, romanos y todo el mundo pagano? Pues como éstos han concebido muchos dioses y los han representado como seres luchando entre sí igual que ellos en la guerra de Troya, como seres con sentimientos varios de unos para con otros, y como crueles, ladrones y adúlteros, no sería sorprendente que fuesen incapaces de deducir la base de su deber partiendo de la voluntad de tales dioses. ¿Qué regla de vida podría enseñar esa religión en la que cada persona escogía y adoraba al dios que quería; en la que las deidades crecían en los huertos, en los cuales se esperaba cada año una cosecha de dioses, y en la que el buey y el perro recibían honores divinos? ¿Es para sor-

prenderse que un consenso humano así acerca de los dioses no haya contribuido nada en absoluto para procurarnos un fundamento de la recta moral? ¿Qué son estas gentes, pregunto, sino ateos distinguidos? Pues es igual de imposible que existan o que puedan concebirse muchos dioses, que el que no haya Dios. Y aumentar el número de dioses significa abolir la Divinidad. Tampoco avanzaremos nada recurriendo a pueblos más civilizados o a filósofos de mente más clara. Pues para los judíos todos los demás pueblos son paganos y profanos; para los griegos, son bárbaros; y mientras Esparta, ese austero pueblo, aprueba el robo, la religión [Católica] Romana da su aprobación a los atroces sacrificios del Júpiter Lacial¹³. ¿Y qué ganamos acudiendo a los filósofos? Varrón reseña más de doscientas nociones que los filósofos han tenido acerca del sumo bien; y no son menos las opiniones acerca de cómo alcanzar la felicidad, es decir, acerca de la ley de la naturaleza. Y filósofos como Diágoras de Melos, Teodoro de Cirene y Protágoras destacaron por su ateísmo. Si quisiéramos consultar con quienes profesan la religión cristiana, ¿qué habríamos de pensar acerca de los que rompen ese gran vínculo de la humanidad enseñando que la fe no debe observarse con los herejes, esto es, con gentes que no reconocen

¹³ O *Júpiter Latino*, festejado anualmente por los pueblos del Lacio.

la supremacía del Papa y se entregan a esta asociación? Hasta llegan a creer que la fe quizá pueda observarse con los propios conciudadanos, pues ese fraude y ese engaño son permisibles si van dirigidos contra los extranjeros. ¿Qué clase de hombres, por no decir nada de muchos otros, fueron Sócrates y Catón, los más sabios entre los griegos y romanos? Dejaron que otros compartieran su lecho conyugal, prestaron sus esposas a sus amigos, y fueron un instrumento para satisfacer los deseos lujuriosos de otros hombres. De todo lo anterior resulta evidente que la ley de la naturaleza no puede deducirse del consenso entre los hombres.

En segundo lugar, decimos que si existiera entre los hombres un consenso unánime y universal acerca de una opinión, tal consenso no probaría que esa opinión es una ley de la naturaleza. Pues, ciertamente, cada persona tiene que inferir la ley de la naturaleza partiendo de los primeros principios naturales, no de la creencia de otra persona. Además, un tal consenso puede ser acerca de algo que en absoluto constituye una ley de la naturaleza. Por ejemplo, si entre todos los hombres se valora más el oro que el plomo, de ello no se sigue que esto haya sido decretado por una ley natural. Si todos los hombres, siguiendo la práctica de los persas, dejasen que los cadáveres humanos fuesen devorados por los perros, o, imitando a los griegos, los quemaran, esto no probaría que cualquiera de dichas

prácticas es una ley de la naturaleza ni que obliga a los hombres; pues un acuerdo general de este tipo en modo alguno es suficiente para crear una obligación. Admito que un consenso así puede ser indicación de que hay una ley de la naturaleza; pero no llegaría a probar su existencia. Quizá pudiera hacerme creer con mayor vehemencia, pero no me permitiría conocer con mayor certeza que tal consenso es una ley de la naturaleza. Pues nunca sabré con seguridad si esta opinión es la opinión de cada individuo. Ello sería una cuestión de creencia, no de conocimiento. Pues si yo descubro que tal opinión se da en mi propia mente antes de reconocer el hecho de que hay un consenso general, entonces el conocimiento del consenso no me probará lo que yo ya sabía a partir de principios naturales; y si no puedo estar seguro de que es realmente mi propia opinión hasta haber comprobado que se da un tal consenso entre los hombres, entonces también podría razonablemente dudar de si ésta es la opinión de otros; pues es imposible sugerir una razón de por qué a todos los demás hombres les fuera concedido por naturaleza algo que yo noto que me falta. Y esa gente que piensa igual tampoco puede saber que algo es bueno porque todos lo piensan así; más bien piensan así porque, a partir de principios naturales, saben que algo es bueno. El conocimiento precede al consenso. De otro modo, una misma cosa sería al mismo tiempo causa y efecto,

y el consenso de todos daría lugar al consenso de todos, lo cual es obviamente absurdo.

De la tercera clase de consenso, es decir, del consenso acerca de los primeros principios, no es preciso que yo diga mucho; pues los principios especulativos no pertenecen a la materia que ahora tratamos y no afectan en absoluto a los asuntos morales. Sin embargo, de lo que se ha dicho anteriormente es fácil colegir cuál es la naturaleza del consenso de los hombres acerca de los principios prácticos.

VI

¿OBLIGA A LOS HOMBRES LA LEY DE LA NATURALEZA? SÍ.

Como hay algunos que refieren toda ley de naturaleza a la auto-preservación de la propia persona y no buscan sus fundamentos en otra cosa que no sea el amor y el instinto por el que cada uno se favorece a sí mismo y procura su propia seguridad y bienestar tanto como puede; y como cada uno siente que es suficientemente celoso y laborioso en lo concerniente a su auto-preservación, merecerá la pena que investiguemos qué es y cuán grande es la fuerza de obligación de la ley de la naturaleza. Pues si la fuente y origen de toda esta ley es el cuidado y preservación de uno mismo, la virtud no tanto

parecería ser el deber de un hombre como su conveniencia, y nada sería bueno excepto aquello que le es útil. Y la observancia de esta ley no tanto sería nuestro deber, al que estaríamos obligados por naturaleza, como un privilegio y una ventaja a los que somos llevados por razones de utilidad. Y así, siempre que nos pluguiera reclamar nuestro derecho y dar paso a nuestras propias inclinaciones, podríamos ciertamente dejar de lado y transgredir esta ley de la naturaleza sin que ello fuera censurable, aunque quizá no sin desventaja.

Pero a fin de que pueda saberse cómo y en qué medida nos obliga la ley de la naturaleza, han de decirse de antemano algunas cosas acerca de la obligación. Los juristas definen la obligación diciendo que es el vínculo de derecho por el que uno está obligado a dar lo que es debido, definición en la que entienden por «derecho» la ley civil. Esta definición describe bien todas las clases de obligación, si por «ley» entendemos esa ley particular cuya fuerza obligatoria nos proponemos definir. Así, por «vínculo de derecho» ha de entenderse aquí el vínculo de ley natural por el que uno está obligado a cumplir una obligación natural, es decir, a realizar el oficio que ha de prestar por razón de su naturaleza, so pena de sufrir el castigo debido a un crimen perpetrado. Pero a fin de que podamos saber dónde se origina este vínculo de derecho, hemos de entender que nadie puede obligarnos o forzarnos a hacer nada, a menos que

tenga derecho y poder sobre nosotros, y que, cuando ordena lo que debe y lo que no debe hacerse, está limitándose a hacer uso de ese derecho. De ahí que el vínculo se deriva del señorío y del mando que un superior tiene sobre nosotros y sobre nuestras acciones; y en la medida en que estemos sometidos a otro estaremos bajo una obligación. Ese vínculo, pues, nos obliga a cumplir con nuestro deber, el cual es doble:

En primer lugar, el deber de obedecer, es decir, de hacer o no hacer algo, según nos lo ordene un poder superior. Pues cuando la voluntad de un legislador se nos da a conocer, o ha sido lo suficientemente promulgada como para que nos llegue a ser conocida a menos que haya algún impedimento por nuestra parte, entonces estamos obligados a obedecerla y a someternos a ella en todo; y a esto es a lo que llamamos obligación de prestar obediencia: conformar nuestras acciones a la regla que se ha impuesto sobre ellas, es decir, a la voluntad de un poder superior. Y esta obligación parece derivarse en parte de la sabiduría divina del legislador, y en parte del derecho que el Creador tiene sobre su creación. Pues, en último término, toda obligación nos remite a Dios, y estamos obligados a mostrar obediencia a la autoridad de su voluntad porque tanto nuestro ser como nuestras obras dependen de su voluntad, ya que de Él hemos recibido estas cosas; y, así, estamos obligados a observar los límites que Él prescribe,

y es razonable que hagamos lo que a Él, que es omnisciente y sabio en grado sumo, complace.

En segundo lugar, estamos obligados a padecer castigo, el cual surge de no haber prestado la obediencia debida; de tal modo que quienes rehúsan ser dirigidos por la razón y no quieren admitir que en cuestión de moral y rectas costumbres están sujetos a una autoridad superior puedan darse cuenta de que están obligados forzosamente a someterse a dicha autoridad y a sentir sobre sí el poder de Aquél cuya voluntad rehúsan seguir. Y, así, la fuerza de esta obligación parece estar basada en la autoridad de un legislador, de tal modo que el poder es lo que obliga a aquellos que no pueden ser movidos por las advertencias. Sin embargo, no toda obligación parece consistir en, ni en definitiva estar determinada por ese poder que puede coaccionar a los delincuentes y castigar a los malvados, sino que consiste más bien en la autoridad y dominio que alguien tiene sobre otro, ya sea por derecho natural y derecho de creación, como cuando todas las cosas están justamente sujetas a aquello por lo que en un principio fueron hechas y están constantemente preservadas, o por derecho de donación, como cuando Dios, al cual pertenecen todas las cosas, ha transferido parte de su dominio a alguien, y ha concedido, por ejemplo, a los primogénitos y a los monarcas el derecho de mandar, o por derecho de contrato, como cuando alguien se ha rendido voluntaria-

mente ante otro y se ha sometido a la voluntad de otro. Toda obligación encadena moralmente a la conciencia y establece una atadura con la mente misma; de tal manera que no es el miedo al castigo, sino una aprehensión racional de lo que es justo, lo que nos hace sentirnos obligados y lo que, si somos culpables de un crimen, nos dice que merecemos el castigo. Es verdad aquel dicho del poeta: *se iudice nemo nocens absolvitur*¹⁴. Lo cual, evidentemente, no sería así si fuera solamente el miedo al castigo lo que nos impone una obligación. Cualquiera puede fácilmente darse cuenta de que esto es así, y percibir que hubo una base para su obediencia cuando como cautivo fue obligado a servir a un pirata, y una base diferente cuando como súbdito estuvo prestando obediencia a un príncipe; juzgaría de una manera el hecho de desobedecer a un rey, y de otra el hecho de transgredir astutamente las órdenes de un pirata o un bandido. Pues en este segundo caso, con la aprobación de la conciencia, justamente estaría teniendo en consideración su propia seguridad; pero en el primer caso, a pesar de ser censurado por su propia conciencia, estaría violando el derecho de otro.

Además, en lo que a la obligación se refiere, ha de observarse que algunas cosas obligan *effec-*

¹⁴ «Nadie que comete una mala acción es absuelto por su propio juicio». Juvenal, iii. 2-3.

tive, y otras solamente *terminative*. Obliga *effective* aquello que es la causa primera de toda obligación y de lo que surge la causa formal de la obligación, a saber, la voluntad de un superior. Pues estamos obligados a algo cuando así lo quiere aquél bajo cuyo gobierno nos encontramos. Y obliga *terminative* aquello que prescribe el modo y medida de una obligación y de nuestro deber; lo cual no es otra cosa que la declaración de esa voluntad, declaración a la que, dándole otro nombre, llamamos ley. Estamos, ciertamente, obligados por Dios Todopoderoso, pues Él tiene volición; pero la declaración de su voluntad delimita la obligación y el fundamento de nuestra obediencia; pues no estamos obligados a hacer nada excepto aquello que un legislador de alguna manera ha proclamado y dado a conocer como voluntad suya.

Además, algunas cosas obligan de suyo o por su fuerza intrínseca, y otras indirectamente y por un poder externo a ellas.

Obliga de suyo, y solamente por su fuerza intrínseca, la voluntad divina; y dicha voluntad puede ser conocida, o bien por la luz natural, en cuyo caso se trata de la ley de la naturaleza de la que aquí estamos tratando, o bien al ser revelada por hombres inspirados por Dios o de alguna otra manera; en cuyo caso es la ley divina positiva.

Obliga, en segundo lugar, por un poder delegado, la voluntad de cualquier otro superior, ya

se trate de un rey o de un padre, al que estemos sujetos por voluntad de Dios. Todo ese dominio que los demás legisladores ejercen sobre otros, tanto el derecho de legislar como el derecho de imponer la obligación de obedecer, lo toman prestado de Dios. Y estamos obligados a obedecerlos porque Dios lo quiso así y nos lo ordenó; de tal modo que haciendo lo que nos dicen estamos también obedeciendo a Dios. Puestas así las cosas, decimos que la ley de la naturaleza obliga a todos los hombres primariamente y de suyo, y por su fuerza intrínseca. Y veremos de probar esto con los argumentos siguientes:

Primero, porque esta ley contiene todo lo necesario para hacer que sea obligatoria. Pues Dios, el autor de esta ley, ha querido que ella sea la regla de nuestra vida moral; y la ha hecho lo suficientemente conocida como para que pueda entenderla todo aquel que desee aplicarse diligentemente al estudio y dirigir su mente al conocimiento de ella. El resultado es que, como lo único que se requiere para imponer una obligación es la autoridad y el poder legítimo de quien manda y la revelación de su voluntad, nadie puede dudar que la ley de la naturaleza obliga a los hombres. Pues, en primer lugar, como Dios es el ser supremo que está por encima de todo y tiene sobre nosotros una autoridad y poder que nosotros no podemos ejercer sobre nosotros mismos; y como nosotros debemos a Él y sólo a Él nuestro cuerpo, nuestra alma

y nuestra vida —todo lo que somos, lo que tenemos e incluso lo que podemos ser—, es apropiado que vivamos de acuerdo con lo prescrito por su voluntad. Dios nos ha creado *ex nihilo*; y, si le place, puede reducirnos de nuevo a la nada. Estamos, pues, sujetos a Él en perfecta justicia y por suma necesidad. En segundo lugar, esta ley es la voluntad de este legislador omnipotente, que nos es conocida por la luz y los principios naturales; su conocimiento no se le esconde a nadie, a menos que una persona ame la oscuridad y se aparte de la naturaleza con el fin de no cumplir con su deber.

Segundo, si la ley natural no obligara a los hombres, tampoco podría obligar la ley divina positiva. Y eso no lo ha mantenido nadie. De hecho, el fundamento de la obligación es en ambos casos el mismo: la voluntad de una Divinidad Suprema. Las dos leyes difieren solamente en el modo de ser promulgadas y en la manera en que las conocemos. La primera la conocemos con certeza por la luz de la naturaleza y por principios naturales; la segunda la aprehendemos mediante la fe.

Tercero, si la ley de la naturaleza no obligara a los hombres, tampoco podría obligar ninguna ley positiva humana. Pues las leyes del magistrado civil derivan toda su fuerza de la obligación que impone la ley de la naturaleza, ciertamente en cuanto a la mayor parte de los mortales se refiere, los cuales, como no les ha llegado el conocimiento cierto de una revelación divina, no tienen más ley

divina y obligatoria por virtud propia, que la ley de la naturaleza. De tal manera que si abolís entre ellos la ley de la naturaleza, estaréis al mismo tiempo quitándole a la humanidad todo espíritu cívico, toda autoridad, orden y organización social. Pues no deberíamos obedecer a un rey solamente por miedo, porque es poderoso y nos puede coaccionar. Ello significaría establecer la autoridad de tiranos, bandidos y piratas. Debemos obedecerlo [al rey] por razones de conciencia, porque el rey tiene, por propio derecho, mando sobre nosotros, es decir, porque la ley de la naturaleza decreta que los príncipes y el legisladores, o cualquier otro superior, sea cual fuere el nombre que le demos, deben ser obedecidos. De ahí que la fuerza obligatoria de la ley civil dependa de la ley natural. Y no tanto estamos obligados a prestar obediencia al magistrado por fuerza de la ley civil, como por obediencia al derecho natural.

VII

¿ES PERPETUA Y UNIVERSAL LA OBLIGACIÓN IMPUESTA POR LA LEY DE LA NATURALEZA? SÍ.

Que son varias y múltiples las opiniones que tienen los seres humanos acerca de la ley de la naturaleza y de lo que constituye el fundamento de su deber, es algo sobre lo que todos los mortales sienten del mismo modo. Lo cual, incluso si todas las lenguas callaran, se echaría de ver fácilmente en las costumbres de los hombres, las cuales difieren de manera tan diversa. Encontramos por todas partes, no sólo unos pocos individuos de condición particular, sino naciones enteras en las cuales no puede observarse el menor sentido

de la ley ni de la rectitud moral. Hay también otras naciones, y son muchas, que sin ningún sentimiento de culpa descuidan siquiera algunos de los preceptos de la ley natural, y consideran que no sólo es acostumbrado, sino también digno de alabanza cometer y aprobar crímenes que son absolutamente detestables para aquellos que piensan rectamente y viven de acuerdo con la naturaleza. En estos pueblos, los robos son legales y dignos de alabanza; y las manos rapaces de los ladrones no son detenidas por la voz de la conciencia a la hora de cometer violencia e injurias. Para otros, no hay pudor que les impida cometer estupro. Y mientras en un lugar no hay templos ni altares dedicados a los dioses, en otro los hay salpicados de sangre humana. Siendo así el caso, podría justamente dudarse si la ley de la naturaleza obliga a todo el género humano, vago e inconstante como es, acostumbrado a las instituciones más varias, y arrastrado por impulsos en direcciones totalmente opuestas. Pues es difícil creer que los decretos de la naturaleza sean tan oscuros que se oculten a naciones enteras. Puede admitirse sin dificultad que hay hombres nacidos con defectos, tanto de la mente como de la vista, y con necesidad de una guía y sin saber adónde dirigirse. Pero ¿quién se atreverá a decir que hay pueblos enteros que nacen ciegos, o que es conforme a naturaleza una cosa de la que pueblos enteros y multitudes de hombres son totalmente ignorantes, o

que la luz infundida en el corazón humano no difiere en absoluto de la oscuridad, o que como un fuego fatuo lleva a los hombres al error con sus rayos engañosos? Decir esto sería insultar a la naturaleza, ya que al tiempo que predicamos su indulgencia estaríamos experimentando su más terrible tiranía. Pues ¿ha habido jamás crueldad, incluso crueldad siciliana¹⁵, tan salvaje como la que la naturaleza impondría a sus súbditos al exigirles que observaran una ley que al mismo tiempo les estaría escondiendo, y que fuesen obedientes a una voluntad de la que no tuvieran conocimiento? Leemos que las leyes de Draco¹⁶ fueron escritas con sangre; pero, aun así, fueron escritas de modo que pudieran ser conocidas. Ciertamente, la naturaleza, madre de todas las cosas, no puede ser tan cruel como para mandar a los mortales que se sometan a una ley que ella no ha enseñado ni promulgado suficientemente. De ahí que parezca necesario concluir que, o bien no hay ley de la naturaleza en algunos lugares, o bien hay siquiera

¹⁵ Posible referencia a Falaris (c. 570 a de C.- c. 554), tirano de Sicilia, famoso por sus crueldades. Quemaba a sus víctimas vivas después de inmovilizarlas en el potro de tortura.

¹⁶ Político y codificador de la ley ateniense que floreció hacia el año 621 a. C. De su código penal sólo se conserva la sección relativa al homicidio involuntario. Por lo que nos dicen Aristóteles y Plutarco, según el código draconiano hasta los delitos más triviales se castigaban en Atenas con las penas más severas.

algunos pueblos que no están obligados a ella; de tal manera que la fuerza obligatoria de la ley de la naturaleza no es universal.

No obstante estas objeciones, mantenemos que la fuerza obligatoria de la ley de la naturaleza es perpetua y universal.

Ya hemos probado la obligación de esta ley. Ahora hemos de ver hasta qué punto es de hecho obligatoria. Decimos, pues, que la fuerza obligatoria de la ley de la naturaleza es, en primer lugar, perpetua, es decir, que no hay ninguna época en la que sería legal que un hombre actuase contra los preceptos de dicha ley. No se da aquí ningún interregno; en este orden de cosas no se les conceden vacaciones saturnales¹⁷ ni a la libertad ni al capricho. Los vínculos de esta ley son perpetuos y coetáneos con el género humano: nacen al mismo tiempo que él, y perecen también al mismo tiempo que él. Sin embargo, no debe suponerse que esta obligación perpetua es tal que los hombres hayan de verse obligados en todo momento a hacer todo lo que la ley de la naturaleza ordena. Esto, evidentemente, sería imposible, pues un hombre no es capaz de realizar acciones diferentes a un mismo tiempo, y no puede realizar a la vez varios deberes, igual que el cuerpo tampoco puede estar a un mismo tiempo en varios lugares.

¹⁷ *Saturnalia* en el original. Fiestas en honor del dios Saturno.

Decimos, con todo, que la obligación impuesta por la naturaleza es perpetua, en el sentido de que ni hay ni puede haber un tiempo en el que la ley de la naturaleza ordene a los hombres o a un hombre en particular hacer algo en lo que no haya de mostrarse una disposición de obedecer; de tal manera que la obligación es perpetua, aunque no se requiere que la acción lo sea. La obligación que impone esta ley nunca cambia, aunque a menudo hay un cambio en los tiempos y en las circunstancias de las acciones, por los cuales nuestra obediencia es definida. Algunas veces podemos dejar de actuar conforme a la ley; pero nunca podemos actuar contra la ley. En este camino de la vida el descanso se permite algunas veces, pero el error jamás. Sin embargo, han de observarse estos puntos con respecto a la obligación impuesta por ley de la naturaleza:

Primero: Hay cosas que están prohibidas totalmente, y con respecto a ellas estamos siempre obligados —como a los escolásticos gusta decir—. En otras palabras, no hay un solo momento en el que esté permitido hacer alguna de estas cosas sin incurrir en crimen. Tal es el caso con el hurto, el homicidio y otras acciones de este género. Así, privarle a un hombre de su fortuna por la fuerza o mediante fraude siempre será un crimen; y nadie puede mancharse las manos con la sangre de otro hombre sin incurrir en falta. De éstas y otras acciones parecidas hemos de abstenernos siempre.

Segundo: Hay otras cosas hacia las cuales la ley de naturaleza requiere que tengamos ciertos sentimientos, tales como reverencia y temor de la Divinidad, amor a los padres, y otros sentimientos de este género. A estas cosas también estamos obligados para siempre, y no hay ni un momento en el que nos esté permitido abandonar estos hábitos de la mente o tener hacia esos objetos una disposición diferente de la que la ley de la naturaleza prescribe.

Tercero: Hay cosas sobre las cuales se nos ordena realizar actos externos: por ejemplo, el culto externo a la Deidad, el consuelo a un vecino afligido, el alivio de alguien que se encuentra apurado, el dar comida al hambriento. En estas cuestiones no estamos obligados siempre, sino únicamente en un momento dado y de una manera particular. Pues no estamos obligados a procurar refugio y dar comida a todo hombre en toda ocasión, sino sólo cuando la calamidad de uno que vive en la miseria pide de nosotros una limosna, y cuando algo que poseemos puede suministrar medios de caridad.

Cuarto: Hay casos en los que no se nos ordena la sustancia misma de la acción, sino sólo las circunstancias que la acompañan. Por ejemplo, en el trato entre los hombres durante el curso ordinario de su vida en común, ¿quién está obligado a mantener una conversación sobre su vecino y meterse en los asuntos de otros? Nadie, cierta-

mente. Cualquiera puede hablar o permanecer en silencio sin dañar a nadie. Pero si acaso alguien quisiera hablar de otro, la ley de la naturaleza indudablemente obliga a que la conversación sea cándida y amistosa, y a que uno diga cosas que no dañen la reputación y el carácter de otra persona. En estas situaciones, la *materia* de la acción es de suyo indiferente, pero las circunstancias son reguladas. En estos casos no estamos obligados de manera absoluta, sino sólo condicionalmente, *ex hypothesi*. Y depende de nuestra habilidad y de nuestra prudencia el que queramos o no queramos participar en acciones en las que estemos sujetos a una obligación. En todos estos casos, como es obvio, la obligación impuesta por la ley es igualmente perpetua, pero las obligaciones impuestas por nuestro deber no son igualmente perpetuas. En los casos incluidos en el Primer y Segundo apartados siempre estamos obligados a una obediencia *actual*; en los casos, incluidos los dos últimos apartados, estamos también obligados a asumir las cosas que hemos de hacer, pero estas cosas tienen lugar sólo a intervalos y sucesivamente, y debemos tener en consideración el lugar, el tiempo y las circunstancias; de tal manera que la acción puede cesar en un momento dado, si bien la obligación no cesa nunca.

A continuación decimos que la obligación impuesta por la ley de la naturaleza es universal, pero no porque todas y cada una de las leyes natu-

rales obliguen a todos y cada uno de los hombres. Esto sería imposible, pues muchos de los preceptos de esta ley se refieren a las diversas relaciones entre los hombres y se fundan en ellas. Los príncipes tienen muchos privilegios que no le son concedidos a la plebe; y los súbditos, en cuanto súbditos, tienen muchos deberes que no le corresponden a un rey. Es obligación de un jefe de ejército asignar puestos a sus soldados, y es el deber del soldado ocuparlos; y no sería apropiado que un padre saludara a sus hijos con ceremonia y humildad. Esto es, en breve, lo que sobre todo este asunto tenemos que decir: Aquellos preceptos de la ley de la naturaleza que son absolutos y que comprenden robos, estupro, calumnias; y los que, por otro lado, comprenden la religión, la caridad, la fidelidad, etc., estos preceptos —digo—, así como otros del mismo género, obligan igualmente a todos los hombres en todas partes, ya sean reyes o súbditos, patricios o plebeyos, padres o hijos, bárbaros o griegos. Y no hay pueblo ni hombre que esté tan alejado de lo humano, que sea tan salvaje y desenfrenado que no esté sujeto por estos vínculos de la ley. Pero esos decretos de la naturaleza que se refieren a las varias condiciones de los seres humanos y a las relaciones entre ellos obligan a los hombres según lo exijan sus respectivas funciones, ya sean privadas o públicas: el deber de un súbdito es una cosa, el deber de un rey es otra. Cada súbdito está obligado a obede-

cer al príncipe, pero no todo hombre es súbdito, pues algunos nacen reyes. Es el deber de un padre alimentar y criar a sus hijos, pero nadie está obligado a ser padre. De tal modo que la obligación impuesta por la ley de la naturaleza es igual en todas partes, y sólo son diferentes las circunstancias de la vida. Es obvio que el deber de un súbdito es el mismo entre los garamantes y los indios, que entre los atenienses o los romanos.

Basándonos en estas cosas decimos que la obligación impuesta por la ley de la naturaleza mantiene su fuerza, sin disminución ni cambio alguno, por todos los siglos y en todo el orbe de la tierra. Pues si esta ley no obligase a todos los hombres, la razón sería, o bien que no hubiera sido promulgada en absoluto a alguna parte del género humano, o que hubiera sido abrogada. Pero no puede decirse ninguna de esas dos cosas.

Primero, porque no puede decirse que algunos hombres nacen tan libres que en absoluto están sujetos a esta ley; pues no es una ley privada o positiva, creada *pro temporum occasione* o por una conveniencia inmediata. Se trata, más bien, de una regla de moral permanente y fija que la razón misma dicta, de tal manera que persiste y viene a ser algo inherente a los principios de la naturaleza humana. Y para que dicha ley fuese alterada o abrogada, antes sería preciso que la naturaleza humana cambiase; pues hay una armonía entre ambas, y lo que ahora conviene a la natu-

raleza racional en cuanto racional, debe convenirle necesariamente *in aeternum*; y la misma razón dictará en todas partes las mismas reglas morales. Así pues, como todos los hombres son por naturaleza racionales, y como hay una armonía entre esta ley y la naturaleza racional, y esta armonía puede conocerse por la luz natural, de ello se sigue que todos los que están dotados de una naturaleza racional, es decir, todos los seres humanos del mundo, han de atenerse a esta ley. De tal modo que si la ley de la naturaleza obliga a ciertos hombres, es evidente que por el mismo derecho también obligará necesariamente a todos, y también la manera de ser conocida será la misma, y su naturaleza será la misma. Pues esta ley no depende de una voluntad inestable y mutable, sino del orden eterno de las cosas. Porque a mí me parece que ciertas características esenciales de las cosas son inmutables, y que ciertos deberes nacen de la necesidad y no pueden ser diferentes de lo que son. Y esto no es porque la naturaleza o (como más correctamente debería decir) Dios no pudo haber creado al hombre de un modo diferente; la razón es, más bien, que como el hombre ha sido hecho tal y como es, dotado de razón y de sus otras facultades, y nacido para esta condición de vida, de su constitución innata resultan necesariamente unos deberes para él, los cuales no pueden ser diferentes de lo que son. A mí me parece que tan necesariamente se

sigue de la naturaleza del hombre el que éste adore a Dios y realice otras cosas que convienen a la naturaleza humana —tales como observar la ley de la naturaleza—, como de la naturaleza del triángulo se sigue el que, si es un triángulo, la suma de sus tres ángulos sea equivalente a dos rectos, aunque quizá muchos hombres sean tan ignorantes e insensatos que por falta de atención ignoren ambas verdades, las cuales son tan evidentes y ciertas que nada podría serlo más. Así, nadie puede dudar de que esta ley obliga por igual a todos los hombres, hasta el último. De lo cual se desprende claramente que:

Segundo, esta ley natural nunca será abrogada. Pues los seres humanos no pueden abrogar esta ley, ya que están sujetos a ella y no corresponde a los súbditos abolir leyes según les plazca, ni Dios quiere que así se haga. Pues como, de acuerdo con su sabiduría infinita y eterna, ha hecho al hombre de tal modo que estos deberes suyos se sigan necesariamente de su naturaleza, es seguro que no alterará lo que ha sido hecho, y que no producirá una nueva progenie de hombres que tengan otra ley y otra regla moral, cuando ha visto que la ley natural tal y como es ahora va con el hombre y le es adecuada. Dios pudo haber creado a los hombres de tal manera que no tuviesen ojos y no los necesitasen; pero mientras sigan usando los ojos y quieran abrirlos, y mientras el sol brille, necesariamente conocerán la sucesión alternada

del día y de la noche y las diferencias entre los colores; y serán capaces de distinguir con los ojos una línea curva de una línea recta.

Otros argumentos para probar la obligación que impone la ley de la naturaleza podrían deducirse *a posteriori* de los inconvenientes que se seguirían si supusiéramos que esta obligación cesó en algún momento. Pues entonces no habría religión alguna, ni los seres humanos se reunirían en sociedad, ni habría fe, y así otras cosas del mismo género. Pero baste habernos referido a esto de pasada. Ahora nos queda ocuparnos brevemente de algunas dudas que han surgido sobre el asunto.

En primer lugar, sería posible probar que la obligación impuesta por la ley de la naturaleza no es perpetua ni universal, mostrando que aunque por acuerdo de todos es una ley de la naturaleza el que a cada hombre le está permitido conservar su propiedad, o, dicho de otra manera, que ningún hombre puede robar a otro y apropiarse de lo ajeno, ocurre, sin embargo, que a un mandato de Dios puede cesar la fuerza de esta obligación, pues leemos lo que sucedió con los hebreos cuando salieron de Egipto y viajaron a Palestina¹⁸.

A esto respondemos negando la menor; pues si Dios ordenara a alguien no restituir algo que ha tomado a préstamo, no cesaría la obligación

¹⁸ Llevándose con ellos los bienes de los egipcios, Éxodo, xii. 35f.

impuesta por la ley de la naturaleza, sino el dominio sobre la cosa en cuestión. No se viola la ley, sino que se muda el propietario; pues el propietario anterior, al perder la posesión de la cosa, pierde también el derecho a ella. De hecho, los bienes de fortuna no tanto son nuestros como cesan de pertenecer a Dios; y Él, supremo Señor de todas las cosas, puede, sin incurrir en injuria, dar de lo suyo a quien Él quiera.

En segundo lugar, si algunas veces estamos obligados a rendir obediencia a los padres, y otras veces no lo estamos, ello es muestra de que la obligación impuesta por la ley de la naturaleza no es perpetua. Pues si un príncipe nos manda otra cosa, no tenemos obligación de obedecer a los padres.

A esto respondemos que tenemos que obedecer a los padres, pero sólo en cosas que son legales. Esa obligación no es nunca anulada. Pero si el rey nos ordena hacer una cosa diferente, entonces las órdenes de los padres se convierten en ilegales. Por ejemplo, [es ilegal] permanecer en casa y ocuparse de los asuntos de la familia cuando el rey hace una llamada para alistarse en la milicia. Aquí no desaparece en absoluto la obligación impuesta por la ley de la naturaleza, sino que cambia la naturaleza de la cosa misma.

En tercer lugar, si alguien duda de si esta obligación es universal —pues son tan variadas las opiniones que tienen los hombres acerca de cuáles son sus deberes, y son tan diferentes sus cos-

tumbres—, debería recordarse que esta diversidad entre los mortales, tanto en su estilo de vida como en sus opiniones, no ocurre porque la ley de la naturaleza varíe entre los diversos pueblos, sino porque los seres humanos son desviados por hábitos de mucho tiempo, o son seducidos por el ejemplo que han visto entre los suyos, o son arras-trados por sus pasiones, cediendo así a las cos-tumbres de otros. Y no se permiten a sí mismos hacer uso de su razón, sino que dan entrada al ape-tito y, como las bestias, siguen a la grey. De igual manera, tanto el que no abre los ojos como el que nace ciego está sujeto a cometer errores, aunque quizá la carretera no presente obstáculos y la capa-cidad del ojo sea suficientemente aguda.

De los niños y de los retrasados mentales no es preciso que tratemos. Pues aunque la ley obliga a todos aquellos a quienes es dada, no obliga, sin embargo, a quienes no se les da. Y no les es dada a los que no son capaces de conocerla.

VIII

¿ES EL INTERÉS PROPIO DE CADA
HOMBRE LA BASE DE
LA LEY DE LA NATURALEZA? NO.

Hay algunos que, en su afán de oponerse a la ley de la naturaleza, han adoptado el argumento siguiente: *Basándose en la utilidad, los hombres han establecido para sí mismos una serie de normas que varían según sus costumbres y que cambian muchas veces entre ellos de acuerdo con los tiempos. No hay, sin embargo, una ley de la naturaleza; pues todos los hombres, así como todos los demás seres animados, son llevados por su impulso natural a buscar la utilidad propia; y tampoco hay una ley natural [de justicia] o, si existe*

alguna, es la suma insensatez, en la medida en que velar por lo que conviene a los demás es dañarse a uno mismo. Éste y otros argumentos parecidos fueron en otro tiempo esgrimidos en su Academia por Carneades, cuyo acérrimo ingenio y poder de elocuencia apenas si dejaron algo intacto y firme. Y no han faltado desde entonces hasta hoy quienes han asentido a esta doctrina con gran entusiasmo. Como a estas gentes les han faltado esas virtudes y dones de ánimo por los que podrían haberse abierto camino hacia honores y riquezas, se han quejado de que el género humano ha sido maltratado y han afirmado que los asuntos civiles no han sido administrados sin injusticia, pues a ellos se les privó de las ventajas comunes que les correspondían desde su nacimiento y que estaban destinadas al bien de todos. Y han llegado al extremo de proclamar que debemos librarnos del yugo de la autoridad y vindicar la libertad natural; y que todo derecho y equidad deben determinarse, no por una ley ajena a nosotros, sino por el interés propio de cada persona. Pero esta opinión tan sumamente inicua ha sido siempre combatida por ese sector más racional de hombres en quienes hay inherente un sentido humanitario y una preocupación a favor de la vida en sociedad. Sin embargo, a fin de que podamos definir el asunto con mayor precisión, debemos dar primero alguna explicación de los términos, esto es, debemos primero explicar qué queremos decir

cuando hablamos del «fundamento de la ley de naturaleza» y, en segundo lugar, del «interés privado de cada hombre».

Primeramente, por «fundamento de la ley de la naturaleza» queremos significar una suerte de cimiento sobre el que se edifican todos los otros preceptos menos patentes de dicha ley, y del cual pueden deducirse de algún modo, obteniendo de él toda la fuerza y poder de obligar, en cuanto que están de acuerdo con esa, por así decirlo, ley primaria y fundamental que es la norma y medida de todas las otras leyes dependientes de ella.

En segundo lugar, cuando decimos que el interés privado de cada hombre no es el fundamento de la ley de la naturaleza, no queremos que se nos entienda como si estuviéramos diciendo que las reglas de la ley común de gentes se oponen al interés privado de cada uno; pues la máxima protección de la propiedad privada de cada hombre es la ley de la naturaleza, sin observar la cual es imposible que nadie sea dueño de lo suyo y persiga su propio provecho. De lo cual resultará evidente a todo aquel que por sí mismo y honestamente considere el género humano y las costumbres de los hombres, que nada contribuye tanto al interés de cada uno y a mantener las propiedades íntegras y seguras como la observancia de la ley de la naturaleza. Negamos, sin embargo, que a cada cual le está permitido hacer lo que él mismo, de acuerdo con las circunstancias, juzgue que le conviene. En

vano se tratará de mantener que el interés de cada persona es la norma de lo equitativo y de lo justo, a menos que dejemos que cada hombre sea el juez de su propia causa y determine lo que a él le conviene. Nadie puede estimar con equidad y justicia qué es lo que le conviene a otro. Y estaremos engañando a un hombre con algo que es sólo útil en apariencia cuando le decimos que le está permitido hacer lo que él considere útil, mientras estamos dándole a otro hombre el poder de determinar qué es y qué no es útil. Así, que el estado de la cuestión es precisamente éste: ¿Es verdad que lo que cada individuo juzga que es útil para sí mismo y para sus negocios está de acuerdo con la ley de la naturaleza y por ello mismo le es lícito y necesario, y que nada obliga en la naturaleza excepto en la medida en que conlleva alguna ventaja inmediata para el interesado? Esto es algo que negamos [por las siguientes razones]:

Primero, no puede ser que el fundamento de la ley natural o ley primaria no sea la base de la obligación impuesta por otras leyes menos universales de la misma naturaleza. Mas la obligación que imponen otras leyes no descansa en el principio de utilidad como fundamento suyo; pues si recorreremos todos los deberes de la vida humana, descubriremos que ninguno de ellos surge de la mera utilidad y que la obligación que imponen no se debe a la sola razón de ser útiles. Muchas son las virtudes excelentes que consisten sólo en esto: en

hacer bien a otros a nuestra costa. Debido a acciones virtuosas de este género, los héroes de otro tiempo fueron ensalzados a alturas siderales y se les dio un lugar entre los dioses; y conquistaron el cielo, no con riquezas adquiridas aquí y allí, sino con esfuerzo, peligros y generosidad. No buscaron su interés privado, sino la utilidad pública y el bienestar de todo el género humano. Algunos merecieron la inmortalidad por sus trabajos, otros por sus estudios, otros por su muerte. Ninguno alcanzó la grandeza o la probidad mediante la pereza o la avaricia. Si la principal ley de la naturaleza fuese que cada hombre debe mirar por sí mismo y por sus asuntos privados, aquellos magnos ejemplos de virtud que han sido consagrados por los testimonios de la historia escrita deberían ser dados al olvido para que el recuerdo de tanta insensatez y tanta perversidad fuese borrado por completo. Y esos mismos a quienes hoy admiramos como los hombres mejores y más eminentes, no sólo habrían de ser tenidos por insensatos, sino también por malvados y perniciosos en grado sumo. Pues descuidaron de sus propios intereses con tanto celo sólo para adquirir la infamia a un precio más alto, deshaciéndose así de su propiedad y con ella también de su inocencia; y pensaron que estaban esforzándose en esto para que así se multiplicaran las ofensas y los crímenes. Si queremos que la utilidad sea la norma de lo justo, tus trabajos, Hércules, más merecerían la cruz que

la apoteosis, y habrías declarado la guerra a la naturaleza en lugar de a los monstruos. Lo que hizo Curcio¹⁹ cuando por el bien de su patria saltó a la gran vorágine y se sumergió vivo en la tierra para que Roma no se sepultara en la tumba de sus propios presagios, no fue tanto virtud como locura. A un mismo tiempo dijo adiós a la vida y a la inocencia, y mereció su muerte en el momento en que entró en su fosa. ¡Ciertamente, la naturaleza merecería ser llamada madre benignísima si deseara que nuestros deberes no sólo fuesen inevitables, sino también placenteros y lucrativos, y que ninguna acción fuera virtuosa a menos que redundara en ventaja nuestra! ¡Bueno sería para el género humano que la virtud aumentara en la misma medida en que aumenta la riqueza pecuniaria! ¿Por qué alabar la indigencia de Fabricio y adornar con palabras espléndidas aquella nefasta miseria que lo rodeaba?²⁰ Prefirió vender su fortuna y su virtud antes que su patria, e insensatamente antepuso los intereses de la República a los suyos propios, y la amó más que a sí mismo. ¡Más justo sería alabar el magnánimo espíritu de Catilina, el cual, perfectamente instruido en los preceptos de la naturaleza, prefirió sus propios inte-

¹⁹ Marco Curcio, en el año 362 a. C. (cf. Livio, vii. 6.5).

²⁰ C. Fabricio Luscino, líder romano contra Pirro, famoso por su frugalidad y por su noble conducta para con Pirro (cf. Cicerón, *De Officiis*, iii. 22.86).

reses a los de la capital del mundo, y no temió dirigir el arado contra los muros de la misma Roma, si con ello iba a recoger la mies en su provecho! ¡Tal vez Cicerón pueda ser llamado padre de la patria, pero Catilina fue ciertamente un verdadero hijo de la naturaleza; y cuando atacó a Roma, fue, más que Cicerón defendiéndola, merecedor de gobernar el mundo! Ciertamente, uno se siente avergonzado de atribuir tanta infamia a la naturaleza y de imputar tanto mal a sus ordenanzas. Además, como no hay nada tan sagrado que la avaricia no haya violado en algún momento, si nuestro deber estuviera basado en el lucro y si la utilidad fuese reconocida como norma de lo justo, ¿qué otra cosa supondría ello, sino abrir la puerta a toda clase de vicios?

Segundo, no puede ser que la primaria ley de la naturaleza tenga que ser necesariamente violada. Pero si la utilidad privada de cada uno es el fundamento de esta ley, dicha ley será quebrantada inevitablemente, pues es imposible tener en consideración la utilidad de todos a un mismo tiempo. La herencia asignada a la totalidad de la estirpe humana es siempre una y la misma, y no crece en proporción al número de los nacidos. La naturaleza ha procurado una cierta cantidad de bienes para comodidad y conveniencia de los seres humanos, y las cosas procuradas han sido concedidas de un modo definido y en un número determinado. No han sido producidas de manera for-

tuita, ni crecen en proporción a lo que los hombres necesitan o desean avariciosamente. El vestido no nace con nosotros, ni los hombres poseen y llevan consigo, al estilo de las tortugas, un refugio que ha nacido con ellos y que crece con ellos. Cuando el deseo o la necesidad de tener cosas aumenta entre los hombres, no se extienden por ello los límites del mundo. Los alimentos, los vestidos, los adornos, las riquezas y todos los demás bienes de esta vida nos han sido dados en común. Y cuando un hombre acapara para sí todo lo que puede, está quitando de otro lo que añade a su propio acervo, y no es posible que nadie se haga rico como no sea a expensas de otra persona. Quizá en este punto haya alguien que me corrija diciendo: «Cuando afirmamos que el interés propio de cada uno es el fundamento de la ley de la naturaleza, no debe entenderse en el sentido de que cada persona tiene el deber de ser feliz y dichosa y poseerlo todo en abundancia, sino que cada uno está obligado, en la medida de sus posibilidades, a cuidar de sí mismo; y así, la norma de lo justo es la utilidad propia, y todos los deberes de la vida están fundados en ella». Si esto es aceptado, se seguirá, en primer lugar, que los hombres están bajo la obligación de hacer lo que no puede realizarse; pues cada persona tendría entonces que procurarse y retener en su posesión la mayor abundancia posible de cosas útiles, lo cual, si llegara a suceder, resultaría inevitablemente en que alguna

otra persona se quedaría con lo mínimo; pues no es posible que tú aumentes tu ganancia sin que ello implique una pérdida para otro. Es obvio que sucede lo contrario si ponemos el fundamento de la virtud en otra cosa; las virtudes no pugnan entre sí ni hacen que los hombres se enfrenten los unos a los otros, sino que se complementan y protegen mutuamente. Mi justicia no va en detrimento de la equidad de otra persona, ni la munificencia de un príncipe impide la generosidad de sus súbditos. La integridad moral de un padre no corrompe a sus hijos, ni la moderación de Catón puede hacer que Cicerón sea menos austero. Las obligaciones de la vida no pugnan entre sí ni arman a los hombres para que luchen unos contra otros; supuesto lo cual, se sigue necesariamente, en segundo lugar, que los hombres están (según dicen) en un estado de guerra por ley de la naturaleza, de tal manera que toda asociación humana es abolida, así como toda confianza mutua, la cual es el vínculo que mantiene la sociedad unida. Pues ¿qué razón hay para el cumplimiento de las promesas, qué salvaguarda de la sociedad, qué convivencia entre los hombres, si todo lo equitativo y justo lo identificamos con lo útil? ¿Qué otra cosa podrá ser el trato entre los hombres sino fraude, violencia, odio, rapiña, asesinato y otras cosas de este tipo, cuando a cada individuo no sólo le está permitido, sino que le es necesario arrebatarle a otro por todos los medios lo que éste, a su vez, está obligado a defender?

De lo cual surge un tercer argumento, a saber: que el fundamento de la ley de naturaleza no puede ser algo que, una vez establecido, quite de la vida todo elemento de justicia, amistad y liberalidad. Pues ¿qué justicia podrá existir donde no hay propiedad ni dominio, o qué propiedad podrá haber donde a un ciudadano no se le permite simplemente poseer lo suyo, sino que lo que posee es suyo porque es útil? Ciertamente, puede observarse aquí de pasada que los que mantienen esta doctrina buscan los principios de la acción moral y una norma de vida en los apetitos e inclinaciones naturales de los hombres, más que en la obligación impuesta por la ley, como si lo moralmente óptimo fuera lo que a la mayoría de la gente le apetece. De lo cual se sigue, además, o que la ley de la naturaleza no impone obligación —lo cual nadie se atrevería a decir, pues entonces no habría ley—, o que la vida humana está constituida de tal manera que no se le permite a un hombre renunciar a sus propios derechos o impartir beneficios a otras personas, sin esperanza segura de lucro. Si la rectitud de una acción se basara en la utilidad, y los hombres estuviesen obligados a ese tipo de rectitud, no sé cómo le sería posible a alguien ayudar con largueza a un amigo, concederle donativos, gastar dinero en él o favorecerlo generosamente de algún otro modo, sin violar esta ley. Cuán absurdo es esto, y cuán contrario a la razón, a la natura-

leza humana y a una vida honesta, es algo que dejo que juzguen otros. Se me podría objetar argumentando que si de la observancia de la ley de la naturaleza y de cumplir toda obligación de la vida siempre se sigue un provecho, y que si todo lo que hacemos en conformidad con la ley de naturaleza produce grandes ventajas, ya sea directa o indirectamente, entonces el fundamento de la ley de la naturaleza será la utilidad particular de cada persona. Pues bien, la menor resulta evidente, ya que de la observancia de esta ley nacen la paz, la concordia, la amistad, la libertad, la seguridad, la posesión de nuestras cosas y, para decirlo con una palabra, la felicidad. A esto respondemos diciendo que la utilidad no es el fundamento ni la razón de que la ley obligue, sino la consecuencia que se sigue de obedecerla. Una cosa es que una acción rinda de suyo algún beneficio, y otra que sea útil porque está de acuerdo con la ley, de tal manera que si la ley fuese abolida no habría en ella ninguna utilidad, por ejemplo, cumplir una promesa aunque ello redunde en perjuicio propio. Hemos, pues, de distinguir entre la acción misma y la obediencia: la acción misma puede resultar inconveniente, por ejemplo, la restitución de un depósito, la cual resulta en una disminución de nuestra propiedad, mientras que la obediencia es útil, ya que nos evita el castigo debido a un crimen. Dicho castigo no sería debido y, por lo tanto, no habría

necesidad de evitarlo si la regla de lo justo supusiera en sí misma una ventaja. De tal modo que la rectitud de una acción no depende de su utilidad, sino que la utilidad se sigue de la rectitud.

Así pensaba

1664

J. Locke